

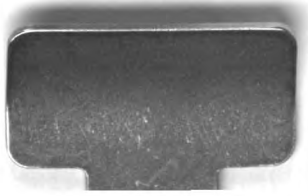
PQ 7797
.M65 F49

Guayana
EDMUNDO MONTAGNE

EL FIN DEL MUNDO



BUENOS AIRES
Editor CLAUDIO MATALOU
Esmeralda 623
1915





EDMUNDO MONTAGNE

Montagne

EL FIN

DEL MUNDO



BUENOS AIRES
Editor **CLAUDIO MATALOU**

Esmeralda 623

1915

Montagne

7777
.M65 F49

Serantes Hnos., impresores, Balcarce 178

INDIANA UNIVERSITY LIBRARY

0-0-0

Amador

EL FIN DEL MUNDO



EL FIN DEL MUNDO

La luz de la vieja lámpara colgante se sustentaba rígida como una idea obsesora. El ambiente conservábase tibio. En la estufa restaban algunas brasas, rojas aun. Es que Josephi había regresado anticipándose a su hora habitual.

No era, sin embargo, ese el aire semiaburrido con que solía entrar en su habitación. Afanoso, pálido, descompuesto, diríase más bien que lograba tomarla por asalto, después de larga lucha tristísima.

Si alguien todopoderoso le hubiese prometido la dicha a trueque de que explicase cómo y por qué vías acababa de llegar hasta allí, Josephi, después de supremo esfuerzo mental, tan solo habría alcanzado la desesperación.

¿Aseguraría que, abandonado el café-concierto, el frío de la noche sacudió violentamente sus nervios febriles? y, que, como acurrucado dentro de sus ropas, cruzó las calles centrales, llenas de la viva luz de los focos, y donde el ruido de gentes y vehículos ensordecía fastidiosamente? Bien pudiera ser todo ello un sueño o el dudoso recuerdo de lejana impresión.

En plena realidad tormentosa de su espíritu, el mundo exterior no tuvo para él, durante su marcha de autómeta, el más insignificante interés.

Y ahí estaba ahora, tendido en su lecho, donde cayera como una cosa sin vida.

La vista de las polvosas telas a medio pintar, colgando de asimétricos puntos del muro, y de la caja de poros casi tumbada junto a los arrumbados caballetes, antes de serle grata hicieron que su dolor, adherido como un pulpo a la integridad de su sér íntimo, se recogiese, recrudesciendo el encono. Su vida era una dejadez miserable desde el siniestro día en que conoció a Vilma. Y ese abandono, hasta entonces esperanzado, hacíase ahora completo y horrible. Desconsoladamente, rompió en largo sollozo, al igual de un niño que al caer de la tarde se hallase extraviado en desconocido lugar. En su mente embotada bajo un desplome de tinieblas, bosquejándose a ratos imágenes de las escenas que evidenciaron su desgracia: imágenes que sacudían el angustiado anondamiento de Josephi, con una nueva tortura y un nuevo sollozo.

Ya eran los ojos de Vilma, en los cuales había descubierto que el azul y el gris, en empeñosa brega, no acababan jamás de confundirse, a pesar de la humedad sentimental que los empapaban: ojos aquellos que todo lo miraban con dulzura, menos el ansia en que él ardía. Ya era el ligero cuerpo elegante de Vilma, al través de cuyas ropas imaginaba las líneas estatuarias de una modelo insustituible, cuando, flexibilizándose hábilmente entre sillas y mesas, pasaba ante su apenado y celoso deseo como ante un inofensivo objeto común. Ya era el gesto de sorpresa des-

preciativa con que Vilma recibió las vehementes palabras, inconexas y truncas, de su postrera confesión pasional. Ya, por fin, era ella, siempre ella, quien con orgullosa desenvoltura relataba a los circunstantes curiosos la historia fastuosa de su reciente «pacto conyugal» cerrado con el aristócrata barbilampino, el infaltable, que allá, a vanguardia de la fila de mesas, tenía, como en significación de preferencia, la suya aparte, llena de botellas, flores dispersas, copas a medio beber...

Siempre ella, Vilma, representándosele en las diferentes actitudes evidenciadoras de su infortunio. Ese recordar, intermitente y fatal, unía zozobra tras zozobra, a modo de un eslabón de triste luminosidad, reapareciendo a trechos en aquella cadena de sombra que lo oprimía. Por momentos tan solo delinébasele la silueta del aristócrata a quien no odiaba. ¿Qué culpa tenía él de vencer, sin desearlo, con fastidio casi, a las mujeres, deslumbradas ante su dinero, derrochando como al descuido?

En los sopores oscuros y dolorosos de Josephi, fué haciéndose la luz. La inteligencia comenzaba a reejercitarse, lenta y suavemente. Diríase que convencido de su desgracia, llorada por irremediable, no cupieran en él más que las consideraciones de su abandono. De pronto sintió intensamente la frialdad del vacío que en adelante lo rodearía. Abrió los ojos. Con miradas llenas de un instintivo azoramiento, se propuso hallar, entre las cosas comunes a su vida, un objeto, por

banal que fuera, que simbolizase, que recordase al menos una olvidada pasión.

¿Sus telas? ¿Qué eran sus telas sino un sarcasmo? Cuán inútilmente ensayara en ellas, durante largas horas de sugestivo placer, la fijación inmortal del gris azul de las pupilas amadas, del oro fluído de los adorados cabellos, del marfil lácteo de las carnes que jamás contemplara en todo su adivinado esplendor! Y el viejo violín, legado de sus abuelos, ¿podría hoy, como en lejanas horas de feliz ingenuidad, expresarle, en perezosas modulaciones, esperanzas de amor, promesas de triunfos en un mundo de luz? ¡Oh, el viejo violín, demasiado sensible, lloraría a la par de su dueño! En cambio, ¿por qué no recurrir a sus libros? ¿No estarían ahí? Tan sólo se veían los estantes, absolutamente vacíos... ¿Absolutamente? ¿A ver? ¡Ah! en el fondo, allá en el fondo quedaba uno, un sólo libro de tapas que fueron rojas. ¿Por qué sus amigos que todo se llevaban, los bondadosos amigos que en la hora de su infortunio dejaban de serlo, por qué habían olvidado aquel libro? ¿Era, por ventura, su misma persona? Y desde el lecho y a su pesar sostuvo por un momento sus ojos en él, presa de una curiosa simpatía, espontáneamente profunda. Y fué una revelación que substituyó en Josephi el objeto tan ansiosamente buscado.

Aquel libro hablaba del fin del mundo, bien lo tenía presente: del fin del mundo. Y ese cataclismo cosmogónico era augurado por un hombre de ciencia, llevado de certidumbre suficiente para

que Josephi, en su dolorosa insensatez, lo aceptara como infalible. Y, delirante, se olvidó de su abandono, ya no con un motivo de vida, pero sí con una perspectiva catastrófica: perspectiva que fácil le fué acercar hacia él y hacerla una realidad del momento. El astro rey, alterado su armónico influjo refrenador de los planetas, devoraría el mundo: pues éste, como un enorme combustible esférico, iría a caer en la gigantescas hogueras del sol.

Y dejándose arrebatar por su perversa representación mental, Josephi abandonó el lecho de un salto y comenzó a pasear de un extremo a otro del cuarto, con una extraña energía en su modo agitado. Alucinábase, lleno de salvaje placer. El mundo caería inevitablemente en plenas llamas inmensas del sol. Parecíale contemplar el espectáculo, de más que genial concepción, desde un distante punto del espacio. En el mundo estaba él, con su dolor, que el fuego devoraría. Pero también estaba Vilma, con su vanidad, que, asimismo, convertiría en nada. Y ¿qué eran las demás cosas, los demás seres? ¿qué los hombres con su barbarie mecanizada que denominaban pomposamente civilización? Tratarían, apocados, de esconderse, creyendo poder escapar al gran purificador. Trastornaríanse, clamando piedad: ¡oh cuán inútilmente! El, tan solo, cantaría, regocijado, ante ese cuadro de horror universal! Y ¡cómo lívida y abiertos extraordinariamente los ojos, se extremecería Vilma, dominada de un miedo impreciso y brutal! ¡Oh, sí, las miserables cosas

mundanas, él mismo, todo: al fuego, al fuego! El sol parecería un ramo inconmensurable hecho de flores de incendios!

Josephi, nervioso, palpitantes sus sienes, continuaba paseándose, distendidos los músculos de su rostro por el más extremado de los entusiasmos. Pero al rato fué apaciguándose, en un decreciendo que partía de ese paroxismo de febril insensatez: ¡La desaparición del mundo! ¡Bien, bien! Todo finalizaría, aunque de un modo demasiado digno. Y al tiempo que su visión interna iba haciéndose menos deslumbradora, Josephi, perplejo, como ante un acontecimiento imprevisto, dió en pensar si realmente era despreciable la condición de todo aquello que deseaba devorase el fuego! ¿Cómo juzgar posible el que así hubiese él vivido hasta entonces en medio de tantas vilezas? ¿Vilma había sido siempre su única preocupación? Antes de conocerla ¿no vivió? ¿no tuvo aspiraciones, deseos, ensueños de felicidad? ¿Qué se habían hecho las esperanzas de sublimes emociones artísticas? En tal indecisión de sentimientos, el recuerdo de sus deseados viajes al par que amortiguaba los últimos resplandores de los incendios del sol, fué representándole, como en mágico surgimiento, mármoles en los que se eternizaban divinos movimientos de humanas formas, lienzos prometedores de extáticos goces indefinibles, libros cuyas páginas celaban la ciencia del misterioso placer de vivir, músicas orquestadas magistralmente, arrebatadoras del alma hasta la excelsitud. Y con aquel imaginar abigarrado y

violento, Josephi sintió que su antiguo amor propio renacía, si bien agigantado, cruel y hondamente herido. Y más insensato que nunca, se fué hacia los estantes, tomó el ominoso libro y volviéndose con un solo paso largo y brusco, arrojólo a la estufa, sobre cuyas brasas fué a caer descosido y abierto.

Un humo de hostil acritud comenzaba a llenar la habitación, cuando instantáneamente una llama limpia, ancha y larga se apoderó del libro. Josephi, de pie, frente a la estufa, dejóse sorprender gozosamente por la luz de aquella viva llama cuyos voluptuosos extremos linguales se internaban en el caño de la chimenea lamiéndolo largamente. Esa luz antojósele, al pronto, la alegría de un sol bueno que antes de atraer a la tierra para devorarla, la fecundaría con abierta caricia de vivificadora calidez. Era que la soberbia de Josephi triunfaba: pero triunfaba con un presentimiento de sofocadoras tinieblas cayendo sobre aquella luz. Y, consecuencia de ese presentimiento, reaparecíasele la imagen de Vilma, como un símbolo de las doradas ficciones de la existencia. El dolor, recrudecido, aún hízole ver de súbito, esta vez en las llamas de la estufa, los gigantescos incendios del sol, hacia los cuales rodaba la tierra. Simultáneamente, una inquietud lo embargó. De aquel desquicio planetario quería salvar su dignidad representada en el arte. Muy en lo hondo y sin tregua, sacudíalo esa ansia, surgida del rudo entrechocar de los sentimientos. Ya era Vilma, supérflua y mortal, en contradicción con sus so-

ñadas sublimaciones. Ya eran sus tormentos, que pedían la muerte, frente a su orgullo, que lo alzaba a la vida. Y todo ello hizo del alma de Josephi, campo en el cual trabábase la tóbida conciencia que simuló concluir con la quemazón del auguroso libro, pero que fué prolongándose a lo largo de aquella vida desorientada, en la calidad de un profundo sentimiento amarguísimo y en la forma de una sonrisa desdeñosa y desconcertante.

EL CACHARRO DE MANDINGA

El Sorsal esperaba a Pichicho que se vestía frente a la media hoja entrecerrada de la puerta del cuarto, para que el vidrio de ella le sirviese de espejo.

Hablaba Pichicho.

—¿Ves? Vino a ser como a esta hora. Ya sabés que cuando no la labura, se la pasa... meta guitarra y mate canto y jarana, y medio convierte el cuarto en jaula'e canario al sol.

—Sí, ya sé. Pero no doy en la cosa del aparato desgraciador.

—Parate. El aparato... ¡un aparato d'esos, hombre! ¡qué! ¿no sabés?

—¿De cuáles?

—D'esos que tienen abajo una lavativita y que...

—¡Ya caigo, hermano! Se mete y se saca el manguito dos o tres veces y queda pansón de aire.

—¡Eso! Un calentador de aire comprimido.

—¡Claro! ¡Cómo no había de tráile desgracia! Esa es la misma gorda que se saca todo cristo que no las va con el cacharro ese, y así y todo me lo quiere maniobrar por fuerza.

—¡No seas triste! Estás desacreditando el aparato, qu'es muy de bute. Lo que hay es qu'el que le trajo el Boyo a Baltasara, fué comprao en el

pío del Once, y tenía el fondo de hoja'e lata y otros remiendos tales. Pa que hablés.

—¡ Bueno, bah! ¡ Cabriáte ahora! Lo que quiero es que no me dejés durmiendo afuera.

—Hablá sin segunda, ché, Sorsal; y no te hagás el pierna a contratiempo, cuando no tenés público.

—Digo, que me contés la desgracia..

—Eso es otra cosa. Pero dejá que me requinte el mitrista.

—¡ Sas! ¡ Un funyi nuevo!

—¿ Y sino? ¡ Qué te parece!

—¡ Te va a la gurda! Y ¿ cómo te ha entrao la ocurrencia?

—¡ Qué querés! Hay que resucitar el uso, ché, que ya solo iba quedando entre uno que otro mozo bien en traje'e campo.

—Bueno, Pichicho: íte largando.

—La desgracia fué así. Yo sentí todo desde acá. Y, además, me hizo el relato la Negra, que fué testigo presencial, y casi se yeba un fierraso en la trompa.

—¡ Qué susto!

—El Boyo tenía visitas. Y ya sabés cómo es el Boyo d'esigente con Baltasara n'esos casos qu'él aprovecha pa enchacarse de mate hasta qu'inunda el caño del resueyo o le yega a la campaniya.

—Has acertao. Y hasta creo que como matero se la yeba robada al Sin Fondo.

—¡ Le da vuelta y media! Como t'iba diciendo, a lo mejor oigo qu'el Boyo alsa la voz, y dice:
—¡ Ché, Baltasara: ¿ qué mate estás cebando?

¡Pcha, más frío que suspiro'e vieja! ¡Ni espuma, ni siquiera un palito nadando, de tãn lavao! ¡Estoy por sambuyirme dentro, pa ver si le encuentro yerba!

—¡Qué bárbaro, decirle eso delante gente!

—Ya te podés figurar cómo habría'e ponerse Baltasara, que cuando el Boyo se ensucia no sabe qué hacerse toda eya, con la batata que casa. De ahí que no bien la amagó el hombre con lo de «frío» y «lavao» se fué medio boliada al aparato, se prendió al manguito jeringuador, y comenzó... meta y saque, meta y saque, menta y... Y así qu'estaba en esas, se le ocurrió agacharse pa ver cómo subía la yama. Y fué entonces qu'el aparato reventó.

—¡Cómo no, se había tragao un ventarrón!...

—Según decía la Negra, parecía qu'el diablo le hubiese metido el arsenal de guerra d'entro'el aparato, cuando escupió pa los láos, con el reventaso infernal, pava, arco de asiento, pico de la yama, tapa'e la pansa, jeringa, fondo, patas del co-so... y decí basta.

—¡Si hasta se había levantao con la mesa! ¿verda, Pichicho?

—Lo que levantó en un grito y chorriando sangre, fué el escracho'e Baltasara, donde buscó sitio la ferretería, vaciándole un ojo y rajándole la frente com'una sándia... ¡Dios guarde!

A estas palabras de Pichicho, el Sorsal había quedado mudo.

—¡Ahi lo tenés al hombre: sale de la piesa, yorando!

Los amigos del Boyo se acercaron a éste, que avanzaba llorando a sofocones, el pañuelo metido en los ojos. En su actitud obstinada y angustiosa, parecía querer ocultar el rostro dentro del pecho, para llorar sobre su propio corazón.

—No parecés hombre ché, Boyo!

—¡Pchá digo! ¡No yorés más, hermano!

—¡Suerte perra!

—¡Si hasta me vas a hacer yorar a mí!

Y consolándolo así, con palabras entrecortadas por la emoción, los dos amigos acompañaron al Boyo, no solamente en su marcha hasta el hospital San Roque, sino también en el llanto de la marcha, porque tanto Pichicho como el Sorsal, que iba dando trapiés, sintieron caldeado el rostro por silenciosos lagrimones.

Era que el amigo lloraba de un modo irresistible, a pesar de su segundo apodo, el Malevo.

EL HOMBRE TRIPLE

El bohemio Plaffak está muy enfermo, — me habían dicho. Y yo, aturdido, pero aceleradamente, eché a andar avenida abajo.

Mi imaginación era un caos de escenas y lugares distintos bailoteando en derredor de la figura inquietante de Plaffak. Veía a éste cruzar sin rumbo las calles, metido en su amplio casacón gris deformado por el peso continuo y desigual de los libros, gacha la cabeza y fija la mirada en un punto flotante que avanzaba con él: actitud sempiterna de ir sumido quién sabe en qué reflexiones. Otras veces, en la vieja taberna del arrabal, aureolado su pálido rostro por el movable bosque bronceado de sus cabellos, llenos de luz sus ojos de incierto color y erguido cuan alto era, se me aparecía discutiendo entre estudiantes y amigos, con la verba abundosa y el calor de un sublime fanatizado, acerca de las tendencias novísimas de la ciencia y el arte, encargadas, según él, de eternizar nuestra complicada época en sorprendentes obras magistrales. Columbrábalo también en alguno de los pantros inmensos en que se reúnen los proletarios, donde, sobre la tarima y desde tras la mesa de pino que constituye la tribuna de los pobres, despertaba en los corazones, con la dignidad primera de la raza, un anhelo infinito de noble lucha, vociferando el dolor

presente y latigueando con su ironía el pustuloso cuerpo social, no cansado de hundir su sueño en el ataúd donde la mentira lo acorraba. Ustedes recordarán, sin duda, que era ésta una de sus frases favoritas. Y más allá de las calles de su vagabundaje pensativo, más allá de la taberna, más allá de los antros en que los esclavos se iluminan de libertad, más allá, más allá, en los últimos suburbios, en los burdeles de abominable abyección, en donde tiranizando actúa la canalla, en los que se loa la vida del puñal siempre sangriento y el estrujón de la más baja lascivia, volvía a ver al mismo Plaffak llorando amarga y prolongadamente ignorados desconsuelos, desolaciones de su espíritu extraño, sobre el seno condolido de una ramera, o, tambaleando a capricho de la embriaguez, y en la jerga de los delincuentes que lo aplaudían, escuchábalo panegirizar en largos discursos incoherentes la irresponsabilidad individual de aquellas existencias sombrías, de aquellos sus actos crapulosos.

Todo eso, desordenadamente, iba y venía en mi cabeza. Y nada de extrañar el tumulto de tales escenas con que evocaba la vida del extraordinario Plaffak, desde que se me acababa de decir que estaba poco menos que agonizando.

Sobre la ciudad, llena de los mil ruidos que el trajín de las gentes produce, el cielo, inconmensurable cuenca anegada de bruma gris, dejaba caer su tristeza en un así como finísimo y persistente polvo acuoso y helado que hacía estremecer.

Los transeuntes, con sus paraguas dirigidos contra el viento, o envueltos en sus impermeables como frailes en sus capuchas, o bien al igual que yo, sin ningún resguardo, o harapientos y pálidos y temblorosos, iban y venían, dejando libre el borde de las aceras, casi restregándose en los umbrales y zócalos de las casas, impulsados por el afán de huir la pertinacia abrumadora de la llovizna.

Quedé un tanto maravillado, cuando me hallé de improviso en la puerta de la casa en cuya planta baja y en el fondo de un largo corredor oscuro tenía Plaffak su habitación.

Interneme, y en llegando al cuarto, golpeé.

—¿Quién? — preguntó débilmente Plaffak.

Y sin responderle, abrí y entré como solía hacerlo.

Precisé un poderoso esfuerzo visual para lograr distinguir a Plaffak hundido en su viejo sillón. En el cuarto reinaba totalmente la penumbra. Y en esa penumbra, el rostro de Plaffak, aureolado por la sombra de sus cabellos, era un óvalo blanco mate en el que resaltaban siniestramente los dos puntos luminosos de sus pupilas.

Luego que me hube sentado y habitué la vista a la semiobscuridad reinante, fuí advirtiéndolo poco a poco el desbarajuste infernal en que se hallaban muebles y cosas. El lecho estaba vacío, y sus prendas se hubiera dicho que habían sido, no tendidas en el suelo, sino arrojadas con furia. Sobre ellas yacían los cuadros, con los vidrios rotos, y en los nudos de sus cordones presos los

clavos mordidos por la cal de la pared. En la mesa escritorio, sobre la que se abría el agujero cuadrado del ventanuco, ropas, libros, volcadas piezas sucias de la vajilla del te, trozos polvorientos de viejo pan, combinaban la desarmonía más difícil de concebirse.

—¿Qué es de tí, Plaffak? — pregunté a mi amigo no bien lo descubrí.

—De mí es la muerte — respondiome.

Un escalofrío recorrió mis nervios. Desconocía la voz con que me hablara Plaffak: voz de caverna y pesada, con el peso de un silencio de siglos.

Y sentí como si una tenaza, manejada por manos crueles, me apretase el corazón. No obstante, me atreví a insistir:

—¿Cómo así, amigo mío?

—Así, y no de otra manera. Soy un hombre que se va.

—Que se va?... — repetí maquinalmente, en el decreciendo de mi primer horror.

—Sí. Que se va sin haber llegado.

—Sin haber llegado?... — volví a repetir.

—Sí. Sin haber llegado. Porque no es llegar a un sitio el solo hecho de pisarlo, si en él no se deja algo de nuestra sangre, algo de nuestro espíritu.

Y como en este punto la calma reaccionara en mí, repetí en la mente el diálogo comenzado, y el sombrío valor de las palabras de Plaffak me llenó de profunda y tristísima curiosidad.

—Me resultan enigmáticas tus palabras.

—No lo extraño. Quiero decirte que muero dos

años después de haber roto para siempre mis relaciones con Nilda, la mujer que hubo de ser mi compañera, y dos años después de haber olvidado mis manuscritos, que ayer arrojé al fuego.

—¡Oh! ¿Por qué has hecho eso, Plaffak?

—Porque en mis manuscritos hallé tres cosas que se contradecían: tres cosas a las que amaba por igual en el sagrado momento de la concepción, pero a las que odiaba por igual en la fría hora del análisis.

—¿Y ellas no constituían, por ventura, las distintas fases de tu temperamento?

—No, porque eran esencial y totalmente opuestas. Ellas hicieron de mi vida una constante lucha de martirios.

—¿De qué modo?

—Burlándose de mi sinceridad. Más bien negándola, y con ello negándome; enloqueciéndola, y con ello enloqueciéndome; destruyéndola, y con ello destruyéndome.

Con tanta vehemencia dijo Plaffak todo esto, a pesar de lo postrado de su ser, y lo entonces débil de su misteriosa voz, que se apoderó de él un jadeo y una nerviosidad indescriptibles. Sus ojos, que parecían querer salirse de las órbitas, habíanlos fijado de tal modo en los míos, que se me figuraba los de un magnetizador no sé de qué narración alucinante.

¡Cuánto me dolía entonces el haberme interesado por la significación de sus palabras! Plaffak se mostraba deseoso de hablar, de explicarse, al punto de serle insufrible el silencio que hiciera

para ver de calmar en algo su horrible agitación.

—Mi obra, inconclusa — continuó, — era un pedazo de cielo lleno de luz y serenidad, y un pantano pestífero cuyos negros lodos traía y llevaba un torbellino, y un enorme grito perpetuo de guerra que no tenía eco en ningún ámbito.

—¿Tanta era, en verdad, la contradicción de tu obra?

—Tanta y más aún. Me he valido de tres símiles muy pálidos para explicártela. Añade a esto que la luz y la serenidad de ese pedazo de cielo no cayeron sobre nadie más que sobre mí; el cielo de ese lodazal no manchó a nadie más que a mí; ese grito de protesta a mí tan sólo me sublevó. Y esa luz y ese lodo y esa fuerza, ¿eran mías? No. No podían serlo. Quizá venían a mí para robarme lo que me pertenece, malo o bueno; lo que está en lo íntimo de mi ser y no conozco.

—¡Oh, Plaffak, Plaffak — roguele emocionado, —no prosigas así, que te haces mal!

A medida que Plaffak hablaba, su cuerpo se retorció, y su rostro, desencajado, iba empalideciendo más y más. Hubo un punto en que pareció quererse arrojar sobre mí. Y yo no sé cómo me hallé de pronto parado entre la mesa escritorio y la entornada puerta. Y cuando, vuelto en mí, dirigí la vista al sillón, noté, estremeciéndome, que Plaffak no estaba en él. Y en ese mismo instante, un cuadro, arrojado sobre la pared, cayó hecho mil pedazos.

Plaffak, en el suelo, sobre trozos de muebles, vidrios y ropas en desorden, se revolcaba contor-

sionándose y mordiéndose los puños hasta hacerse sangre, o sosteniéndose sobre los talones y la nuca, hacía un rígido arco de su cuerpo, hasta que volvía a caer, convulsivamente, y comenzaba otra vez a encogerse y alargarse, con intermitencias en las que exhalaba un gruñido prolongado y feroz.

Yo, de pie, no tenía ánimo para moverme. El hielo del horror me había petrificado.

Plaffak se descripaba entonces lentamente, cual si lo hiciera con intenso dolor. Y cuando pareció dispuesto a enarcarse y gruñir, quedó inmóvil, tendido en todo su largo, fijos en el techo los ojos vidriosos.

Como en aquel instante se aclarara en mí la conciencia de cuanto pasaba, deseé cerciorarme de si respiraba aún, y cuando me acerqué a él, ví transformada su cabeza en un ave blanquísima y maravillosa, la cual, asustada de mi actitud, comenzó a revolotear, hasta que, gozosamente, pudo huir de la habitación por el agujero cuadrado del ventanuco.

No había vuelto aún de mi asombro, cuando un soberbio león, que parecía haber salido del pecho de Plaffak, después de mirarme larga y dulcemente, llenó de estremecimientos, con un estruendoso rugido, mi alma y la habitación, y, gacha la cola, se escurrió por la entornada puerta, rozándose al pasar, con sus largas melenas suavísimas. Y cuando, en el extremo de mi espanto y en el delirio de mi deseo de verdad, creí morirme sin ver qué restaba del cuerpo de Plaffak, apa-

recieron, abiertas ante mí, tremendas fauces rojas, armadas de agudos y largos dientes, como puñales, y, sobre esas fauces, dos pequeños ojos de fuego, y fauces rojas y ojos ígneos en medio de un deforme cuerpo de negra pulpa gelatinosa que temblaba con fofó temblor.

.....

De súbito, un transeunte, entre temeroso y colérico, dió sobre mí con su paraguas y me insultó. Yo lo había atropellado con todo el ímpetu de una carrera loca y ciega. Hube de lanzarme sobre el desconocido, para contestar a sus vejámenes con mis puños, pero me contuve. Su paraguas me había hecho el servicio de volverme a la realidad callejera.

Libre del tercero de los seres en que se había metamorfoseado Plaffak, de aquel así como pulpo sin brazos pero de grandes fauces dentadas, sentí en mi pecho, lleno de oxígeno, el gozo inmenso que sigue a un inminente peligro salvado.

EL BOCHINCHE

Como el día era lluvioso, un tapiz de lodosa mugre se extendía sobre el portland del patio del conventillo. Junto al gran cajón que hacía las veces de cocina, sentada ña Terencia, y dando así espaldas al cuarto, fumaba el cigarro criollo que momentos antes su yerno le había dejado al pasar, entre jovialidades y mimos:—Ahí tenés, viejita; no te podés quejar. Vos decías qu'estos eran los que fumabas en tus buenos tiempos.

—¡Ja, ja, ja! ¡Por fin, pues!

—¡Aprovechá, áhura qu'estás sola!

Y tan insinuantes y verdaderas habían sido aquellas palabras, que, efectivamente, la vieja se hallaba en plenos tiempos felices, a pesar de que la garúa, menos recia pero más polvorosa y tenaz, daba a la mañana un cariz hurraño y al conventillo un aspecto nada común. En contraposición al estado de la anciana, era aquel día como para agriar caracteres.

Balanceándose paquidérmicamente o como lanchón embarrancado cuya proa fuese una enorme barriga humana, doña Carmela, la del cuarto número 15, asomó al patio, después del estruendo con que por las mañanas solía abandonar entreabiertas las portezuelas de su habitación mal oliente, pero con un retardo mayúsculo esta vez. Hizo

rodar la mirada de sus ojos turbios en derredor, y dando en su vecina de enfrente, picóle en hondo grado la tranquilidad de que gozaba, como asimismo el humo de su cigarro pizarroso al igual del ambiente. Ni la saludó. Se fué andando con suerte tan poco equilibrante, que antes de llegar al centro, donde el patio declina hacia los albañales, rodó y dió de traste al suelo, como un fardo que se descarga sobre un tablón.

—¡Jesús, María y José, doña Carmela! ¿Qué le pasa?

La aludida no dió tiempo a que viniesen por ella. En mitad de las exclamaciones de su vecina, ya estaba de pie, herido el amor propio y la imaginación en juego.

—No me guei hecho nada, doña Terencias. — Y, así diciendo, muelleó una sonrisa de falsa amistad, al tiempo que una otra cohabitante, llamada la Andaluza, regresaba del mercado, repleta la canasta, sufrida en ambos antebrazos, y sobre el vientre. Coincidencia sobre coincidencia, acudía asimismo al trance el acicalado sastre Nicolino, bajando menuda y nerviosamente la quejosa escalera de viejas tablas, descendente de la planta superior.

Fué un relámpago de perplejidades. Contrarias pasiones se encontraron frente por frente en un súbito instante.

Nicolino, cortejador de suyo inofensivo pero de inesperados éxitos, en cuanto era agente de pequeños favores de urgencia, requebraba a la Andaluza; a la Tana; a una gordinflona hija de és-

ta, puñera de oficio; a una criollita encantadora, nieta de ña Terencia; en fin, a la humanidad en su femenino eternamente enloquecedor.

—¡Ma, però...! ¡Virgine sacrosanta!

El italiano ignoraba qué partido tomar.

Comedida, ña Terencia aproximaba su silla a doña Carmela y la invitaba a que tomase asiento, interrogándola. ¡Y éste sí que fué pretexto para que se desfogase la temible hija de Italia! Arrebató de entre las manos el canasto a la embarazosa Andaluza y lo arrojó como un alud multicolor a la cabeza de la anciana, la que, ante saludo y bofetón tan inesperados de Madre Natura, permaneció maravillosamente de pie.

Nicolino levantaba temblorosas las manos al cielo, exclamando:

—¡Prodiggio scandaloso!

La Andaluza, perdida en amores, en verdulería y en paciencia, y atrapada y en alto como logró tener la silla, descargóla sobre no sé qué partes de su tamaña rival, descangallando objeto y persona en tan certero encontrón; y en seguida se encaró con el sastre, vociferando explicaciones que no se oían, desde que la batahola había llegado a su colmo, después del preámbulo:

—¡Mala perra tenemos, míe usted!

Mujeres del patio, vendedores ambulantes, niños chillando desacordadamente, rodeaban llenos de afán la escena. Como sus héroes, ellos también chapaleaban agua en el suelo y en sus ropas.

La vieja ña Terencia tomaba de las greñas a la

Tana, sin saberse si lo hacía por protección o en venganza :

—¡ Veanlá ! ¡ mi yerno, por salvajona y abusante, l'hubiese degoyao !

Contorneándose entre el gentío, con ínfulas de hombre, un muchacho alardeaba triunfos, haciendo humear como viruta el cigarro de la vieja.

Fué en esto cuando se consideró por todos temido anuncio de paz la aparición de un casco prusiano de sargento. Este era el de la sección del barrio, negro conciliador, de espesa boca, cuyo sonreír constituía su orgullo, pues le permitía lucir, toda completa y natural, una dentadura blanca como carne de coco. Lo había traído hasta allí la encargada, chismoseándolo, para guardar luego respetable distancia.

En tal momento un ¡ oh ! unánime acompañado de gestos indicadores, manifestó la vista del rostro de doña Carmela, mitad izquierda amoratado y bultoso como una remolacha. Se diría que la piedra del escándalo, que sólo su malhumor arrojara, se le hubiese vuelto sobre sí misma, dándole en plena facha. Aunque esta piedra había sido, en verdad, el formidable silletazo de la Andaluza.

—¡ Io non m'intendo, furia di Dío, in questa hórrida scena ! — exclamó Nicolino, tembloroso el jaqué negro, mirando a los demás con espanto, para después señalar su pantalón gris perla hecho trizas acaso por los dientes de la zarandeada doña Carmela, quizás por los de un perro expansivo que, a los postres, se apartaba lamentando pisadas y puntapiés.

—¡ Vayan formando! — a cierta indicación del sargento gritó un agente: grito cuyo buen efecto fué aprovechado por otros policianos, caídos como milagros vivientes a las pitadas de auxilio que algún desocupado seguía dando en la calle.

La Andaluza se puso en jarras, desafiadora. A todas luces, porque estaba hermosísima, se ganaba con un sólo chic pintoresco de su pose la simpatía del gringo.

Suspicaaz, ña Terencia intentaba escabullirse, pretextando no su silla rota, sino el perdido cigarro, el puchero sin hacer... vaguedades...

Un agente la obligó a marchar.

—¿ Yo? ¿ A qué me cuentan? ¡ Ni pa testiga! ¡ Si no he visto!...

De nada valían las protestas.

El escuadrón de bochincheras estaba formado.

¡ Con qué espontaneidad caracoleante había hecho número en él la Andaluza!

Un «cumpá», también enamorado, servía de lazarillo a la Tana, transformada en monstruo de difícil explicación.

—¡ Vivan los japoneses! — gritó un chiquilín descalzo y cara sucia, cuando el escuadrón del suceso abandonaba el inquilinato ante la agolpada multitud de pelaje mundial que aguardaba en la calle.

La ocurrencia del pillete fué recibida con prolongados clamores.

—Muera la...

—¡ Vivaaa!

—¡ Chiu, chiauiiff!...

El oficial de policía, que esperaba sobre el caballo, cambió algunas palabras con el sargento, a cuyo ostentoso servidor del orden dejó el cuidado de la comparsa.

—¡Eh! ¡porca, fetente cayegas!

—¡Calle usted señá bombo; rostro 'e botifarra aplastá!

Y las mútuas protestas e insultos seguían marcando el compás contrapunteado de la marcha, al par que inspiraban inacabables comentarios ruidosos en el divertido barrio, todo él bañado por una tenaz garúa insentida a fuerza de curiosidad.

LA NOCHE BUENA DE PEPIN

Pepín, el pebete más sosegado del barrio, tornó al conventillo, arrastrando perezosamente sus pies descalzos, y presa de un descorazonamiento sordo e impreciso.

¿Por qué se había asomado a la cantina próxima, si era para regresar disgustado de los gritos estridentes y secos, rugidos por los jugadores a la morra, no sobrepujados por la Marianina que tres ebrios coreaban chillosamente?

El par de fafoles a kerosene que entrealumbraban el patio del inquilinato, daban a las cocinas de madera y a las cubas de fregados, aspecto de sombríos y deformes seres en sigilosa actitud. Era esa la impresión que de su casa recibía todas las noches, al regresar de su postrer parranda inofensiva.

Pepín hubiera podido acercarse a aquel cuarto que, aunque allá en el fondo, se destacaba de los demás por lo mejor iluminado, y en cuya puerta, sentado, don Pascual tocaba el acordeón mientras sus hijos se revolcaban en el suelo. Pero eso era asunto de todas las noches, como asimismo el que esa música fuera aprovechada por las mozas de la casa que se ensayaban en bailar.

Así es que Pepín se arrinconó en el umbral de su cuarto. Y el ir y venir de sus pensamientos,

al pronto semiadormecidos, lo llevaron al recuerdo, feliz recuerdo, de la Noche Buena del año pasado, tan distinta a la presente. ¡Bien que la recordaba! Su mejor amigo de entonces era Gastón, el francesito que vivía en la pieza contigua. En su compañía había pasado la noche comiendo pan dulce y aplaudiendo las cabriolas que un gran payaso de madera hacía cuando se le daba cuerda. Pero en el siguiente día, el de la Natividad, habíase divertido mucho más aún. Un encantador «Nacimiento» con que un tío obsequió a Gastón, aclaró a la mirada asombrada y gozosa de ambos amigos y a la luz del buen sol que daba en el patio, el misterio del advenimiento maravilloso. Pepín supo con ello cómo había nacido Jesús. Lo vio acostado en el pesebre. Y la dulce expresión del niño Dios era tal como si se hallara en el mismo seno glorioso de su padre, el Supremo. Supo Pepín cómo los pastores comarcanos fueron deslumbrados por la aparición de un ángel todo blanco e imponderablemente bello, que les anunció la venida del Buen Pastor, y además cómo José y María, sobre todo María, guardaban en su corazón las palabras copiosas con que las gentes bendecían la hora de la concepción del Ungido. Todo eso lo había explicado el tío de Gastón, tan bueno con los niños.

Y en su fácil y deleitosa recordación, suelta ya la fantasía, Pepín se creía en la campaña de Belén, en aquella noche luminosa, siendo testigo de la aparición del Ángel, formando en el cortejo brillante de los Magos de Oriente, y luego en

Egipto, y en el Jordán después, y, por último, concluyó creyéndose el mismo niño Jesús, próximo redentor de un mundo que esperaba ansioso de alabanzas el día de los milagros.

Y en eso...

—¡ Eh, lévite de quí, porco! — exclamó la genovesota madre del soñador, al par que daba a éste un brutal puntapié en las espaldas.

Pepín, vuelto con tan brusco dolor de su divino imaginar, gemía agudamente, en tanto que veía por primera vez en su madre algo así como el símbolo viviente de todas las miserias del conventillo.

Y en tanto que gemía, la miraba, la miraba, interrogante y horrorizado.



EL ATORRANTE

No es mendigo, ni sabe hurtar o agredir. No es el «mal hombre», rondador de todos los banquetes, testigo de todos los holgorios, mudo y mortificante como una sombra de nuestra conciencia que se hiciera de pronto ser tangible y perseguidor. No, no es el mal hombre de Lucien Descaves. Si le alargaran como a aquel una moneda, no sabría fulminar con la mirada al misericordioso. Producto genuino de la cosmópolis, se diferencia tanto del vagabundo gorkiano, como un labriego de un jornalero de fábrica.

Observémoslo cuando ambula, las manos tomadas atrás, el paso rastrero, tardo, inseguro. Su actitud, de valor típico, reclama entonces el objetivo.

¿Quién no lo conoce así? En las aceras de las calles atorbellinadas, donde la premura de los seres se justifica con perspectivas de pan, de rapacidad, de concupiscencia, el atorrante es el único que no tiene prisa.

Y con todo, goza de un privilegio: el paso libre.

Para el callejero reflexivo, escaso entre la turba, constituye la más torturadora de las interrogaciones. ¿Qué desconocida suficiencia intelectual lleva a ese vago sui géneris a la inconsideración más llana de cuanto al prójimo incita y a veces

azuga hasta el delirio? ¿es él un insensible, un apático, un lamentable imbécil?

En el caletre del discurridor, la perplejidad concluye trazando un enorme cero.

La «foule», si juzga al personaje, lo hace con más facilidad: como que cada individuo tiene su preconcepto... Y no podía ser de otro modo. No se está en plena calle, y negocios de por medio, para disquisiciones de gabinete.

¡Paso al atorrante!

Como ante el féretro de Carolina, en la dolora de Campoamor, cada cual piensa a su modo.

La dama de perifollos. — ¡Qué asco!

Los seres tímidos. — ¡Qué miedo!

El sabihondo. — Un caso.

El delincuente. — Un colega sin historia.

Los cándidos. — ¡Qué raro y feo!

El buen hombre. — ¡Pobre infeliz!

La beata. — ¡Un maldito de Dios!

El pesimista. — Un dichoso.

El novísimo psiquiatra. — Un abuliado. (Aquí debe comprenderse un enfermo de la voluntad).

El mismo, en distinta ocasión. — Un disgregado errotómano. (Aquí debe entenderse un inconsciente que vaga).

El pisaverde... hace que no lo ve.

El acaudalado. — ¡Un haragán!

El sociólogo. — Una célula enferma del cuerpo social. Es menester curarla.

El determinista. — Un producto del medio.

El juez. — Un inútil que pide la eliminación.

El revolucionario. — Una injusticia social que pide venganza!

Pero, a todo esto, el atorrante sigue su marcha, tardo y rastrero el paso, las manos tomadas atrás o cogiendo al desgaire el gran trozo de arpillera que al entrecubrir sus harapos, flota a modo de túnica imperial.

Se dijera la personificación de un pensamiento demasiado profundo para ser comprendido.

Con todo, su serenidad suele motivar dos estados de ánimo extremos: en quienes lo execran, la grima; en quienes lo compadecen, la admiración.

LA FUERZA DE CRISTO

El domingo de Gloria había sacado más gente de casa que el mismo Viernes Santo. El inquilinato era un desierto, al decir de doña Carmen, la mujer del motorman Juancho.

La pieza de esta pareja humana contrastaba con el silencio reinante en el resto del caserón, pues se llenaba toda con los rumores de la animadísima charla de tres visitas: el compadre Antonio, intrigante como él solo; Nicola, el anarquista discutidor incansable, y el viejo don Ruperto, ex milico, algo santo y filósofo según decían.

Doña Carmen cebaba mate sirviendo en rueda.

—¿No ve, don Ruperto — decía el compadre Antonio, — cómo a Nicola se le ocurre decir que el ejemplo de Cristo debilita al pueblo?

—¡Sí, la gran perra! — afirmó Nicola, con más rabia que fuerza, pues hacía tres días que «se lo llevaba Mandinga» con los argumentos que don Ruperto sustentaba en las largas discusiones en que solían trenzarse, y con los cuales el anciano doctrinaba, no muy ostensiblemente pero con bastante éxito, a las gentes del patio.

—Es que usted no me comprende, — murmuró don Ruperto.

—¡Claro que no! — agregó doña Carmen.

—A ver, don Ruperto: explíqueme, como a nos-

otros hace un rato, en qué consiste la fuerza de Cristo, — requirió don Antonio, refocilándose en la idea de ver renovada la discusión.

—Por mi parte, con mil amores — contestó el viejo. — Pero sería el caso que este hombre me escuche, sin írseme por el diablo con gritos y manoteos.

—¡Eso es, que se calle Nicola!

—Lo que es esta vez, que me parta un rayo si digo algo! Yo no quiero saber nada con don Ruperto.

—No es cuestión d'enojarse, que yo no l'he de hablar pa mal.

—Pa mal o pa bien, conmigo se acabó.

Don Ruperto, a fuer de convencido y acaso para no desmentir su vieja cepa militar, hizo el que no oyó la confesión del emperrado propósito de no querer saber nada con él en que se empotraba su contrincante, y después de un par de caricias a su larga barba gris, comenzó diciendo:

—Sin ir más lejos, aquí tenemos a don Juan. Ese hombre, en su trabajo, viene a ser la juerza intiligente del tránguay, o talmente una juerza que maneja la otra juerza ciega ¿no es así?

—Así mismo, don Ruperto, — repuso Juancho, al par que el compadre Antonio no cabía en sí de gozo, al advertir que Nicola se amostazaba, frunciendo el entrecejo.

—Es una juerza dentro di otra, como quien dice. Cuando el amigo no quiere que la juerza ciega siga moviendo el tránguay, caza la manibela, me le pega un par de güeltas y... ¡áhi no más lo

tenemos parao! Lo mismo somos nosotros, señores. Tenemos una juerza bruta y la otra atinada, qu'es la voluntá intiligente, pa decirlo de un tirón. Cuando no queremos que la juerza bruta haga de las suyas, movemos la juerza de dentro, contra la otra, qu'es más de fuera, y nos estamos sosegaos, como si nada, aunque nos cachetéen, si acaso.

—¡Muy bien! Está más claro que l'agua — agregó su mujer, admirada de ver que a pesar de tanta lógica Nicola permanecía hostil.

—Esa juerza de dentro logra hacer milagros, y más en toavía asegún colijo yo, cuando es que la ilumina l'Espíritu Santo, como a mi entender jué que pasó con Nuestro Señor.

—Déjeme de pamplinas, y no embrome! — exclamó bruscamente Nicola, con ademán de protesta e indignación, y pronto a abandonar la pieza al verse sin público partidario.

—¡Pero que no se diga, amigo! ¡Hasta un niño mamón me comprendería. Vea, esperesé. Yo soy Cristo ¿no?

—Sí.

—Usté me pega un sopapo ¿no?

—Sí.

—Yo lo resisto ¿no?

—Sí. Digo... yo no lo sé, por que, por desgracia, no se lo he pegáo, que sino, no andaría macaniando así.

Al oír esto, don Ruperto se puso de pie, se cuadró como lo hubiera hecho años atrás ante un jefe, y dijo resueltamente a Nicola:

—¡ Pegue, pues!

Nicola, tentado acaso por el mismo demonio y sintiendo hervir en sí toda la rabia que había cobrado a don Ruperto, descargó sobre éste, con rapidez súbita, el cachetazo pedido, que sonó al par que el ¡oh! de los circunstantes.

En medio de un helado silencio censurador del acto, don Ruperto, que apenas tambaleó, permaneció firme, acariciándose la barba con la mano que casi lleva a la mejilla doliente. Y mientras Nicola, con la vista baja y azorada parecía buscar dónde esconder su vergüenza, el viejo doctrinero sonreía triunfante, transparentando un gozo que de seguro no se lo hubiera proporcionado el más brillante triunfo de armas.

1

CON EL PRIMER AMOR

I

Carlos era un muchacho excelente. Tal opinaban al menos cuantas personas lo habían tratado. Únicamente sus padres no aceptaban en absoluto ese parecer, ya que desde muy pequeño advirtieran en Carlos un defecto: el de su lirismo. Es que el muchacho, fuera de zurcir malos versos y tararear cuanta sonata melódica se le venía a la mente, no atinaba a hacer ninguna otra cosa. Y, es claro, este su defecto capital, que podía igualmente ser considerado su principal virtud, tenía como consecuencia un distraimiento constante que bien lo impulsaba a dejar el hogar por largas horas pasadas entre sus amigos, tan líricos y tan conformes con su lirismo como él, bien a encerrarse en su habitación para leer en voz alta descabellados romances medioevales o versos en los que un poeta pasado de moda lloraba desgarrantes infortunios amorosos.

Ese día, por ser domingo, Carlos propúsose, después de almorzar, visitar a sus amigos.

Sobre la acera de la calle por él tomada, caía una ancha franja de sombra que amenguaba un tanto los efectos abrumantes del calor de aquel día antepuesto bruscamente a la tibia dulzura de la naciente primavera.

Los árboles, que prestan a la artificiosa monotonía urbana cierta ilusión de frescura y alegría campestres, comenzaban entonces a reverdecer con tal vigor que se los creyera ávidos de la luz y los aires del cielo.

Sobre el verde nuevo de los follajes y el blanco gris del empedrado, reverberaba el sol.

Carlos, medio amodorrado, caminaba lentamente a la sombra.

Hubiera continuado en su semiconciencia plácida, a no venírsele a impedir un cuadro de la vida vulgar de la ciudad. Los empedradores, quizá por excepción de urgencia, habían trabajado esa mañana, a pesar de ser día feriado. Y por lo visto continuarían trabajando hasta el caer de la tarde, porque mientras unos, sentados sobre los adoquines apilados, daban término a su frugal almuerzo compuesto de rebanadas de pan baso y repetidos tragos de agua, otros buscaban, en los silenciosos zaguanes de las casas o en la vereda misma y bajo los frisos, un apropiado sitio donde, sirviéndoles de almohada sus arrolladas chaquetas viejas, pudieran extender los desmedrados cuerpos y olvidar las faenas durante una media hora de sueño.

Carlos se vió precisado a levantar los pies más de lo común para no dar con los de alguno de los durmientes que se hallaban tendidos de través en la vereda.

Esta circunstancia entretuvo a Carlos todo el tiempo que duraron en sus vagarosas retinas las impresiones de los distintos modos y posturas, a

cual más típico, en que sorprendiera a los trabajadores. Pero a medida que ese placer puramente plástico lo iba abandonando, daba en pensar en las vidas miserables de esas gentes y en compararlas luego con la suya. Y esto lo malhumoró, sumiéndolo en un sentimiento confuso de indecisa amargura, de ansiedad, de vacío. Pensaba en lo indefinido de su tendencia en la vida, en sus tercas aspiraciones literarias, de ningún o muy lejano resultado positivo; en el hogar paterno, del que la miseria se había hecho reina absoluta; en su miedo al rudo mercantilismo, aprovechado con buen medro por rapaces y logreros; en su novia, la pobre costurerita rubia, de grises ojazos llenos de una perenne humedad luminosa que hacía pensar en amadas cosas tristes. Y esas ideas, apenas bosquejadas, íbanse sucediendo una y muchas veces, al punto de convertir el cerebro de Carlos en un extraño kaleidoscopio que no sabía si se movía a su voluntad o su voluntad estaba supeditada a él. Y ese caos mental era el que lo sumía en la sensación disgregada, compleja, incomprensible, que le parecía ansiedad, vacío, dolor.

Concluyó por creer mil veces más felices a aquellos empedradores que, día tras día y siempre igual, nivelaban las calles de la ciudad. Por largo trecho continuó pensando en que su vida, llena del temor de lo inseguro, era bien distinta de la de aquellas gentes. Y cavilando sentimientos de desdicha, sugeridos como una consecuencia, llegó a trasponer el umbral de la casa de sus

amigos y se esforzó por librarse de su soñoliento excecpticismo, como un caminante del fardo que lo abrumara durante una larga marcha. Deseó, libre y alegre, inmiscuirse en la batahola verbal en la que muy probablemente se refocilaban sus colegas.

II

En aquella casa baja moraban algunas familias proletarias, cada una de las cuales ocupaba un sola habitación; estrechez ésta que hacía que las gentes vivieran más en el patio que bajo techo. Por todas partes se veían niños corriendo como cabritos o echados en el suelo e ignorantes de la suciedad de sus caras risueñas, y mujeres frente a sus respectivos cuartos, distraídas en menesteres diversos: ésta remendando trapos entre un hacinamiento de objetos de cocina y plantas a las que servían de tastos viejas latas de almacén; aquella, con un pequeño espejo en la siniestra y en la diestra una peineta, dándose el último toque a su tualé sin postizos, ante el joven compañero que, pronto para el paseo, se encantaba contemplándola; la de más allá, para ganarse en ello la vida, empapando lienzos en el agua de una batea, que luego los restregaba en la sinuosa tablilla casi oculta bajo las aurisoladas burbujas del jabón.

Después de las habitaciones de falsificada mampostería, continuaban otras de madera, que habían sido construídas en dos series, una encima

de otra, a manera de un enorme palomar levantado sobre el suelo.

Carlos se dirigía a una de esas habitaciones del piso alto. Subió despacio la escalera, cuyo pasamanos de hierro ardía al sol.

La especie de galería angosta que conducía a las piezas, cimbró y gimió a los pasos de Carlos, como una embarcación en plena mar enfurecida.

—¡El que faltaba! — exclamaron todos a coro cuando vieron aparecer a Carlos.

—¡Este sí que no ganaría el premio! — dijo Pedro, el filósofo de las ironías crueles y los desprecios olímpicos, apartándose de la mesa escritorio en la que se entretuviera haciendo garabatos.

—Ah! Es que en este caso no se trata de hieráticas princesas y violines tíxicos, que sino... — agregó Leandro, el de los chascarrillos oportunos y las confidencias inacabables. Lanzó la frase reticente y punzante, desde la cama, en la que, medio tendido, se ocupaba en hojear una revista ilustrada.

—Pedro y Leandro han de ser siempre los primeros en molestar: Pedro con su ironía, que es una lezna, y Leandro con el pirueteo imaginario de sus cuchufletas — arguyó César, el de las seriedades razonadoras, arrellenado en el antiguo sillón que todos deseaban por lo cómodo.

Y Eduardo, el que eternamente reía y eternamente fumaba, reía y fumaba a pleno pulmón, viendo a Carlos perplejo en medio de la pieza,

exteriorizando en su rostro una expresión de súplica interrogativa e indecisa extrañeza.

—Sí, oh poeta de las majaderías pretenciosamente abultadas: tú no harías ese trabajo ni ante perspectiva de solemnes nupcias con la ninfa rubia de tus poemas — repitió Leandro, dejando caer la revista sobre la cama.

—¡Qué ha de hacer, el muy cobarde, si se ha dejado sorber la sesera por la antedicha! — concluyó Pedro que, de pie frente a Carlos y arrogantemente echado atrás, adoptaba una actitud dramática.

—¡Por favor! ¡Explíquense! — suplicó entonces Carlos, fuera de sí, después de pasear una mirada investigadora por los rostros picarescos de todos los presentes.

Había tal embarazosa desesperación en aquella súplica y en los ademanes que la acompañaron, que fué causa de una ruidosa carcajada, capaz de sulfurar al más flemático de los mortales.

—¡Esto raya en grosería! — vociferó Carlos, cerrando los puños, enrojecido hasta las orejas y llenos de relampagueante ira sus negros ojos.

Y César, dejando su asiento:

—Tiene razón, muchísima razón, — dijo. — Y tomando a Carlos de un brazo, hizo, quieras que no, que ocupara el viejo y codiciado sillón.

Entonces, mientras los más quisquillosos reían aún, Carlos fué tildado de susceptible y fácil de encolerizarse por cualquier broma inocente.

—Una cosa es soportar bromas, y otra dejar

que hagan de uno carro de insoportables pesadeces, — repuso Carlos reaccionando.

—Se trata del concurso literario abierto por «El País» — dijo César, que, tomando una silla, se había sentado cerca de Carlos.

—¿Eh?

—Qué! ¿Ignoras lo del concurso? ¿No sabes que «El País»?...

—No sé absolutamente nada. Como que nunca leo los diarios...

—Bien. Se trata, como lo oyes, de un concurso literario abierto por «El País». Se premiará con quinientos pesos la novela que se repunte mejor entre todas las presentadas, no pudiendo en ningún caso los concurrentes excederse del límite de ocho mil palabras. El plazo para la presentación de los trabajos vence el 30 de diciembre.

—¡Excelente!

—Si quieres trabajar...

—Agradezco tus buenos deseos; pero ya sabes que no escribo en prosa.

—Escríbela en seguidillas. ¡Sería original una novela así! — exclamó Leandro, estirándose voluptuosamente y cuan largo era sobre la cama desvencijada.

—Hubiera sido extraño que no fueses tú el de la ocurrencia. ¿Por qué no nos hablas de la novela que en estos días maquinárs afanosamente ante un posible embolso de quinientos pesos?

—¡Atrápate esa! — comentó Eduardo, que seguía riendo y fumando a todo.

—Con los cuales quinientos — prosiguió Car-

los — y sin temor de quedarse sin un céntimo, podrías pagar la compostura de los deterioros que tu despatarrada holgazanería ocasiona en la cama de Pedro.

—Nadie de ustedes podrá acusarme de embozonador de papeles inútiles. Pero si por esta vez tan sólo se me ocurriera escribir una novela para el concurso, todos ustedes figurarían en ella, como personajes de imprescindible necesidad en lo pintoresco del asunto; pero el descollante, el héroe, el protagonista, en fin, sería Carlos, insigne poeta inédito, cantor de diosas pálidas a fuer de mal alimentadas.

—Eh, eh, basta!... — dicen todos.

—No anunció conferencia alguna, — opina Pedro.

—Gracias—murmuró cortésmente Carlos, dueño ya por completo de sí.

—Muy bien por el discurso, — dijo Eduardo entre brascas toses causadas por la risa y el humo de su cigarrillo.

Y Leandro, dejando de un salto el lecho y tomando una postura más adecuada al papel de catedrático que con tan buenos auspicios comenzara a representar, continuó:

—Pero, decidido como estoy a no tomar parte en ese concurso, palenque en el que deben ensayar sus fuerzas los jóvenes como ustedes, más o menos ilusos y entusiastas, ruego no se me fastidie exigiéndome dé cuenta de una cosa en la que no estoy; pero propongo en cambio se interroge al trágico y filosófico Pedro, en demanda

de los mil argumentos que desde el instante en que leyó el anuncio del estupendo concurso no lo dejan en paz ni al sol ni a la sombra, y los cuales, una vez trasladados al papel e impresos en cualquier periódico menos en «El País», serán objeto de irascible estupefacción o de un ataque de mortal hilaridad en quienes no lo conocen y causa de copioso y calcinante llanto en los que tienen la desgracia de verlo en este malhadado momento!

—¡Bravo por el orador! — gritaron unos.

—¡Que hable Pedro! — exigieron otros.

Así las cosas, se empeñó un debate que resultó alborotador por las vehemencias gastadas en él. Pedro, acosado a quijotescos insultos y exageradas recriminaciones, no pudo hacer más que defenderse, demostrando, desde la silla sobre la cual se encaramara, lo inoficioso de las chirigotas y dicharachos en las muy serias cuestiones relacionadas con la ciencia y el arte. Los vivas de aprobación unánime se multiplicaron. Y hubo otros discursos y otros luego. Pero el cansancio hizo al fin que aquel ensordecerse en común se fraccionara en discusiones singulares y comentarios a parte, todo lo cual concluyó coronando con una semiarmonía aquella primera baraúnda oratoria y mímica y atronadora sobre todo.

III

Carlos estaba preocupadísimo. La idea del concurso hincábasele en la mente como una obsesión.

En su casa, mientras cenaba, por repetidas veces se le hizo presente su cavilosa mudez, con el propósito de obligarlo a entrar en conversación. Pero, nada: apenas uno que otro monosílabo, y vuelta a ensimismarse.

Y ahora que se dirigía a casa de Hada, su novia, la misma preocupación: el concurso; el premio tan halagador contrastando irrisoriamente con su ninguna condición de novelista; el mes de plazo, que era como la ironía de una esperanza... ¡Qué pertinacia la de aquellas ideas! Carlos se sentía morir bajo ese inasible fardo cerebral.

La luna y el cortejo de estrellas que extendían sus fulgores como una gasa finísima, aclarando hasta hacerlo límpido como un cristal el tono azul de los profundos cielos; la fresca brisa del sud que aliviaba la pesadez ambiente de aquel día fuera de estación; el castellano imposible de los extranjeros conversando apiñados en las puertas de las inmensas casas de inquilinato, unos indolentemente recostados en la pared, otros sentados en la orilla de la vereda; las estridentes campanadas de aviso del tranvía eléctrico en la cercana calle anchurosa, corriendo serenamente como un fantástico monstruo lleno de luz; el cuchicheo de alguna pareja de enamorados alejándose lentamente y cual si se deslizara sobre la mullida al-

fombra de un césped; ninguna de las escenas callejeras capaces de distraer al viandante pudo llamar la atención de Carlos siquiera por el instante más mínimo. Así es que llegó y aun entró a la casa de Hada sin advertir cuáles fueran los vecinos que saludara al pisar el umbral.

Esa casa era poco más o menos como aquella donde Pedro vivía y se reunían los «bohemos». Pero ésta aparentaba más distinción o disimulaba mejor su inquilinato. La dueña no permitía se colocase en el primer patio nada que no fuesen plantas. Esto le daba, aunque no a todas horas, cierto aspecto de pintoresca tranquilidad que la asemejaba a las anticuadas casas de familia.

Carlos entró en la cuarta habitación desde la que un prolongado golpe de luz cruzaba el rojo embaldosado del patio y se dilataba ascendiendo en el amarillo muerto de la pared fronteriza.

Saludó sin efusión y sentóse como de costumbre.

Sobre la mesa, donde era más intensa la luz por hallarse la lámpara en el centro, Hada, que de tarde en tarde fijaba sus ojos de un gris indefinido en los negros y errabundos ojos de Carlos, extendía una muselina albísima adhiriéndole los moldes de una bata que prendía con alfileres en el hule de la carpeta, en tanto doña Adela, la madre, preparaba, colocándolas unas encima de otras, las piezas de costura que constituirían la tarea de ambas durante todo el día siguiente.

Hada comenzó a charlar y charlar. Esa bata, una vez hecha, le quedaría mejor que la que tenía

puesta, no sólo por ser del color que ella amaba, sino porque le haría un cuello más bajo y unos tablones más juntos y una pechera menos recargada, y cuidaría de un sin fin de detalles meritorios en el arte de modas. Y mientras así discutiría, ahora tomando las pequeñas tijeras de brillante acero, ahora hilvanando, ahora buscando entre los retazos dónde aplicar los moldes menos grandes, iban y venían sus manos como dos inofensivos insectos de extraña forma en un revoloteo incesante.

A ratos doña Adela interrumpía su trabajo para dar su parecer conforme a tal o cual parte de la bata: parecer que, aceptándolo o discutiéndolo, era escuchado por Hada con un mohín risueño en los rojos labios y una mirada intensa en sus ojos fijos en Carlos.

Este contestaba y sonreía maquinalmente a las distintas preguntas y solicitudes de ambos.

De pronto Hada exclamó:

—¡Qué silencioso está Carlos!

—Es verdad — contestó doña Adela. — ¿Qué le pasará?

Y Carlos, que hasta entonces ignoraba su propio distraimiento, intentó disculparse, pero con tan mala suerte, que se vió precisado a decir la verdad, relatando sucintamente lo que le había acontecido en casa de sus amigos, y concluyendo por declararse sin las fuerzas suficientes para tomar parte en el concurso.

Madre e hija, interrumpidas sus labores, escu-

chaban atentamente el relato que, apenas concluído, impulsó a decir a Hada:

—Usted que sabe inventar tantas cosas, ¿no se atreve a tomar parte?

—¡De veras que es extraño! — asintió doña Adela.

—Es que no se trata de inventar un cuento de hechicería, sino de hacer una pequeña novela como hoy día gusta, en la que las escenas parezcan arrancadas de la vida real, — dijo Carlos, y se movió en la silla que ocupaba, poniendo el brazo derecho sobre el respaldo y cruzando las piernas.

—Y ¿qué es necesario para ello? — preguntó Hada.

—Encontrándome en el caso que me encuentro, y ya que no estoy experimentado en la observación de las cosas fuera de mí, sería menester haber vivido por los menos los cuadros más descollantes de la novela, — respondió Carlos, aliviado por el interés que su aflicción despertaba en Hada.

—¡Qué lástima! — exclamó doña Adela.

—Pero usted podrá hacerse de cuenta que ha vivido lo que relate, — arguyó Hada. A lo cual repuso Carlos:

—Es difícil. Eso equivaldría a hacer que los personajes de la obra sientan, piensen y actúen como en la vida misma, con lo cual volvemos a lo recientemente dicho: que yo no he observado la existencia a mi alrededor.

Y en prolongadas discurrencias, ya deplorando la falta de asunto para la anhelada obra, ya re-

habilitando una esperanza; en un continuo ir y venir de afectos e imaginaciones, deslizábanse las horas, hasta que por asociación de ideas y al influjo de una insinuación de doña Adela, quien según decía había sido muy estudiosa en su juventud, comenzáronse a citar novelas, éstas de autores ocasionales, aquellas obras del genio, juzgándolas unas y otras con breves frases llenas de inocente sinceridad o reseñando los pasajes recordados intermitentemente y en colaboración.

Hada dijo cosas adorables e ingenuas de «Pablo y Virginia», «Atala y René» y otros poemas de amor que serán tan eternos como la humanidad.

IV

El entresueño de toda esa noche había volcado sobre los nervios de Carlos un cansancio desconcertador. Por eso paseábase bajo el sombraje del parral que alegraba el pequeño patio de mosaicos: deseaba desperezarse.

—¿Carlos? — llamólo una de sus hermanas que acertara a pasar junto a él.

Y Carlos, interrumpiendo su paseo, levantó la cabeza.

—¿Aún persistes en el silencio de ayer?

—Sí, — contestó secamente Carlos, continuando su paseo, en tanto la hermana se internaba en una de las habitaciones, sonriéndose al agregar:

—Pero hoy es con modorra.

Aquellas idas y venidas y el fresco matinal des-

pejaron un tanto a Carlos, aclarando lenta y progresivamente su memoria, en la que comenzaron a presentarse unos tras otros los sucesos del día anterior. Y en este recordar, con un rudo estremecimiento emocionante se le apareció, dominadora, la idea del concurso. Y como huyendo de ella, subió aceleradamente la escalerita de hierro que conducía a su habitación.

Era ésta una de las que generalmente se destinan a la criada, pero que a Carlos servía de alcoba y pieza de estudio a un mismo tiempo. Las paredes, encima y a los lados de los muebles humildes, estaban cubiertas de láminas arrancadas a las revistas de ilustración: retratos de personajes o copias de cuadros célebres. Junto a la ventana, sobre una pequeña mesa, yacían embarullados útiles de escribir, libros, el cepillo de la ropa, periódicos, papeles, cuellos de camisa, descalabradas fruslerías...

Carlos acercó a ella una silla, tomando asiento. Abrió un libro, y acodado, apoyó la frente en ambas manos, probando leer. Pero al rato cerciórase de que no sabía nada de la primera página leída. Y arrojando el libro por creerlo poco interesante, lo reemplazó con otro, el cual, al no proporcionarle ninguna distracción, dejó por un periódico. Y el periódico tampoco pudo interesarlo. Sacó entonces de un bolsillo de sus ropas el atado de cigarrillos, prendió uno, y dió comienzo a su nuevo conato de distraimiento. En todo lo cual hubo algo de desesperación.

A medida que el humo lo iba envolviendo en

ascendentes y lánguidas espiras blanco azuladas, las que después de cambiar mil formas concluían por desvanecerse en un así como velo apenas perceptible, Carlos, convencido de la inutilidad de su brega con la obstinada idea del concurso, arrojó nerviosamente el cigarrillo, lamentóse de su ineptitud como novelista, y se consideró, avergonzándose, el más desgraciado de los mortales. Sintió ganas de llorar, de estrujarse, de huir, de esconderse dentro de sí mismo, de gritar, todo en una amalgama afectiva exenta de la más lejana definición. Y este complejo estado de ánimo se manifestaba con intermitencias de olvido, de cuyas profundidades surgía presa de horrorizantes congojas.

En tal situación, de pronto sintió Carlos que abrían la puerta.

Se incorporó sobre su asiento.

Su hermana traía una carta.

—Ten — le dijo, — la trajo un niño con cara de pillete.

Cuando Carlos quedó solo miró el sobre distraído; mas al reconocer en él la letra de Hada, rasgólo anhelante, sacó el billete, que exhaló suave perfume, y leyó.

Poco a poco su rostro íbase iluminando y adquiriendo una expresión de alegre encanto. Suspiraba profundamente, sintiendo en ello un alivio bienhechor. Aquella carta era un rayo de aquietadora luz en el caos tenebroso de su alma. Y la leyó y releyó, como enajenado.

Que vaya esta noche sin falta?, pensaba Carlos. Que me dará un argumento vivido por mí para la confección de la novela? Pero ¿qué argumento será ese? ¡Vaya una ingenuidad la de Hada! ¡Un argumento vivido por mí!

! Dábale en verdad de qué pensar. ¡Tener un asunto e ignorarlo!

Y traía y llevaba en su cerebro cuanto pasaje de su vida pudiera ofrecer siquiera en parte las proporciones y comportar el mérito de un argumento de novela. Pero era en vano: no daba con él. Y cuanto más pensaba, más imperioso se le hacía el deseo de adivinar qué asunto pudiera ser el hallado por Hada; deseo que lo tuvo durante todo el resto de esa mañana en una confiada y gozosa intranquilidad.

En el almuerzo, su locuacidad hizo que todo el mundo tuviera para él alguna frase intencionada. Hasta el padre, poco amigo de jugar chanzas con el hijo, lo calificó de incorregible enamorado.

—¡Bien sabía yo que la carta que te llevé esta mañana tenía la virtud de ahuyentar tu melancolía! — díjole la hermana.

Y Carlos ruborizóse, apresurándose a dejar la mesa. Lo urgía el salir a la calle en busca de un ambiente más propicio para expandir su intranquila satisfacción.

Primeramente fué a casa de Leandro, rentista a la manera de Carlos, el cual le dió bromas a propósito del estruendoso fracaso del novelista. Carlos no se enojó. Ambos dirigieronse a una repartición pública y entraron a la oficina de la que

César era el escribiente más aprovechado. Y este último, en el escaso momento que dedicó a la recepción de sus visitantes y malgrado su habitual seriedad tan digna de respeto y confianza, no pudo hacer que Carlos dijera cómo y por qué se le ocurría tomar parte en el concurso.

Carlos se guardaba bien de dejar vislumbrar algo que pudiese despertar sospechas en sus amigos. Dueños de tales indicios, concluirían por descubrir su falta absoluta de argumento. Deseaba más bien que lo creyeran con deseos de reservarlo.

Carlos, pues, tomaría parte en el concurso. La noticia de ese atrevimiento cundió entre sus amigos causando general asombro. ¡El poeta había perdido el juicio, según se veía!

V

Al no hallarla sentada a la máquina, que, llena de la cercana luz, era el primer objeto que se descubría, Carlos entró en puntas de pie y como tratando de silenciar con su precaución el poco ruido que pudiera hacer.

—¡Ay! — gritó Hada. — ¡Qué susto!

—¿Qué hacías, picarona?

Cuando estaban solos se tuteaban.

—¿No lo viste? — preguntó Hada ruborizada reaccionando del pequeño sobresalto. — Me estaba atando esta cinta. Y concluyó de atar el blanco lazo con que aprisionaba, debajo de la nuca y en un haz, el mar oro muerto de sus cabellos.

—¿Y el beso que prometiste darme antes del

argumento?—demandó Carlos, bañándola en una amplia mirada de pueril deseo.

—¡Qué mentiroso! Yo no te he prometido eso,
— repúsole Hada mirándolo interrogativamente.

—Bien. Pero te lo pido ahora.

Hada alejóse un tanto, decidida a no ceder.

—No. No te lo doy. Pero... vamos... te lo prometería siempre que hicieras la novela que yo te diga.

—Es esto gracioso. ¡Ya está!

—Bien.

—Siéntate.

—Me sentaré.

Así lo hizo Carlos, próximo a la máquina junto a la cual acababa de sentarse Hada.

—No te imaginas qué anheloso estoy por conocer tu hallazgo.

—Es muy fácil.

—¿Fácil?

—¿Cómo no? A tal punto que me extraña no hayas dado con él.

Y Hada, bien tomando y dejando los utensilios de coser que estaban sobre la máquina, bien haciendo de sus faldas innumerables plieguecitos paralelos, comenzó diciendo:

—Mira. Tu argumento debe ser así: Primero hablas de un joven que hace versos y que es bueno.

—¿Como yo?

—¡Bah! No me interrumpas.

—Como que hace versos...

—Sí, precisamente, hace versos como tú, y es como tú.

—De bueno ¿verdad?

—No. De bueno...

—¡Cómo que no! — exclamó Carlos, fingiendo una actitud trágica.

—Quiero decir... No sé.

—¡Malvada!

—¡Oh! — murmuró Hada, molestándose, — no me dejas.

—¿Qué he de dejarte, si te atreves a poner en duda mi bondad?

—Entonces, no digo nada — agregó, simulando trocar su amorosa molestia en grave enojo.

—No seas mala, y continúa.

—No. No he de continuar.

—¡Pero, Hada!

—Si tuvieras interés...

—Te lo juro.

—No jures eso. Jura que no me interrumpirás.

—También. Pero antes dí que yo soy bueno.

—Conforme. Eres bueno. Y también es bueno el joven de la historia.

—Indudablemente. Como que adivino que he de ser yo...

—Jura, ahora, que no me interrumpirás.

—Te lo juro — afirmó Carlos, poniendo, como se lo exigía Hada, los índices en cruz y besándolos sonoramente.

Hubo un instante de silencio.

—Y ¿qué haces? ¿No prosigues?

—¡Qué impaciente! — repuso Hada, acomodándose en su asiento para proseguir:

—Estábamos en que era un joven muy bueno.

—¿Eh? Ahora es «muy»?

—¡Cállate!... Y que hacía versos. De ese joven dirás tú cómo iba un domingo después de almorzar a casa de sus amigos. Y aprovecharás esa oportunidad para describir la calle por donde pasa el joven y otras cosas, como hacen los novelistas.

Carlos no pudo menos que sonreír.

—Una vez en casa de sus amigos, harás que el joven entre. Y esta vez describirás la casa que, según me tienes dicho, es de vecindad y más desarreglada que ésta.

—¡Ni comparación! — exclamó Carlos.

—Mejor que mejor. ¡Mira si tiene detalles pintorescos el patio de una casa de vecindad!

—¡Tantos! Pero no querrás que comience imitando a Zola!

—No es necesario imitar. El joven de la historia, cuando se presenta entre sus amigos, será recibido con intencionadas cuchufletas que él no comprenderá al principio, pero que harán referencia al concurso literario propuesto por un diario de la importancia de «El País», ni más ni menos.

—Hasta aquí, va bien.

—Entonces tendrás una tercera oportunidad de describir. Y dirás cómo los amigos del joven, y entre ellos él mismo, se tomaron en ruidosa discusión. Y harás que el joven sienta en ese caso lo

que tú sentiste en el semejante. Y cómo a la noche visita a su novia. Y la humilde pieza en que ella ha de vivir, al lado de su mamá, será un nuevo pretexto para pintar.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Reseñarás, en fin, atribuyéndoselo a ese joven, todo lo que tú contaste ayer noche. Y agregarás tu desesperación por no poder tomar parte en el concurso; la aflicción mía y de mamá, que atribuirás a la novia y madre de la novia a quienes el joven visita; como también nuestros comentarios a la infinidad de novelas que citamos. En fin. Ya me comprendes.

—Muy bien. ¿Y luego?

—Luego... Luego, aunque no sea verdad, sino suposición que utilizarás o no, al siguiente día, cuando el joven pretenda estudiar o hacer versos, debe no serle posible, martirizado por la idea del concurso.

—¡Calla! ¿Cómo has adivinado?

—El qué?

—El que yo no haya podido hacer nada esta mañana, víctima de la obsesión.

—No sé.

—Es que así y no de otra manera me sucedió. ¡Si supieras cuánto sufrí! Por más que cambiaba de libros y prendía cigarrillos que arrojaba a poco sin concluir de fumar; por más que hacía esfuerzos increíbles, no conseguí desechar aquella idea que se me iba haciendo abominable por lo terca. Y, avergonzado de mí mismo, sentí ganas de morir. ¡Si supieras!

—¡ Oh, qué lindo!

—¡ Eh!

—Todo eso, todo, sin exceptuar nada, se lo atribuirás al joven de la historia. Y después la novia le enviará una cartita igual a la que yo te envié. Y creo que podrás decir lo que acontecerá al joven luego de leerla.

—¡ Sí que lo podré! Como que diré lo que me pasó a mí, y cómo me alegré y paseé con mis amigos y dije a todo el mundo que tomaría parte en el concurso...

—Y por fin harás que el joven vaya a ver a su novia tal cual tú viniste a verme a mí. Y ella, la novia, le dará, como argumento para la novela, el argumento que yo te estoy dando a tí.

—¡ Verdad que eres ingeniosa!

—¿ Te parece?

—¡ Ya lo creo! ¡ Para ocurrírsete unas cosas tan bellas!...

—Y con esto — dijo Hada, — dejo a tí la conclusión del asunto.

—Bien — repuso Carlos. — Haré que el joven héroe de la novela, después de escuchar a su novia poco menos que embelesado, no salga de su pieza de estudio durante una semana, tiempo que ha de destinar a escribir la novela. Y, una vez escrita ésta, la llevará a casa de la novia, y la leerá ante novia y madre, las cuales, recogijadas, le augurarán infalible éxito. Haré además que el joven, después de recibir de boca de su novia — porque tú no lo hiciste presente, — un beso que, como tú

a mí, le prometiera si escribía la novela, vaya a dejar ésta en la redacción del diario proponente del concurso; y que, por fin, después de todo un mes de espera emocionante, a su novia traiga, triste de toda tristeza, la fatal noticia del fracaso.

—¡Qué fracaso! — gritó Hada, saltando de la silla y haciendo caer tijeras y carreteles y costuras. — Qué fracaso! — repitió mirando a Carlos asombrada.

—El de la novela.

—¡Oh!

—Que no será premiada por sentimental e inocente en extremo.

—No, Carlos. Mejor sería que se premiara — exclamó Hada, llena de angustia.

Y Carlos repuso:

—¿No ves, tonta, que las novelas triunfan por las cosas tristes?

—No, Carlos; no. Sería como un mal augurio. Que se premie, que se premie.

—Yo opino que no debe premiarse... para que se premie.

—Y yo que sí.

—¡Cándida!

En éstas, Hada, puesta de pronto a escuchar, dijo en voz baja:

—¡Calla!

—¿Qué?

—Viene mamá. No nos tuteemos.

—Pídele su opinión sobre lo discutido — recomendó Carlos con insistencia.

—Sí.

Doña Adela, abrumada por la carga de un gran paquete, sostenido entre los brazos y el seno, entró a la habitación manifestándose extrañada ante la presencia de Carlos.

Hada, que lo comprendió, refirióle el motivo de la visita, compendiándole el argumento de la novela, mientras doña Adela desataba el lio que había dejado sobre la mesa.

—Y bien, mamá: ¿qué opinas tú? Debiera ese joven, para dar con ello un buen final a la novela, ser premiado o fracasar en el concurso?

—Yo opino que debiera ser premiado. Después de tantos afanes!...

—Ahí tiene usted, caprichoso!—agregó Hada, recalcando adrede el «usted».

A lo cual Carlos contestó:

—Ya que es del gusto de ustedes, el joven resultará premiado.

—Y ¿cuándo la leerá? — inquirió doña Adela.

—El próximo domingo.

En la respuesta de Carlos había tal seguridad, que ambas mujeres no dudaron un segundo de la cabal realización de la obra, regocijándose en esa confianza.

VI

En la habitación de Pedro, sentados aquí y allá con el desorden propio de la juventud y envueltos en la humareda siempre fugitiva y siempre renovada de los cigarrillos, aquella tarde de do-

mingo se hallaban como de costumbre reunidos los amigos de Carlos.

Se comentaba, con admiración o cariño o disfrazada malignidad, el resuelto propósito de Carlos. ¿Qué podría ser su novela? En cuanto a que tuviera trascendencia, era más que dudoso. Y ¿novedad? ¿tendría? Era difícil sospecharlo. Respecto a la flojedad o solidez del estilo en que se desarrollara el asunto, no se arribaba tampoco a conclusión alguna de escaso buen augurio.

Pero Leandro, a pesar de tener en sus chistes un eterno agujijón cuyo blanco solía ser la susceptibilidad de Carlos, era quien en semejantes casos demostraba apreciarlo debidamente. Él fué el primero entre los presentes que se atrevió a manifestar confianza en las condiciones intelectuales de Carlos, afirmando que había advertido en éste, si no un observador sagaz, al menos un sentidor profundo: cualidad que educada por el estudio y unida al arte de copiar lo real objetivo, haríalo indudablemente un buen escritor.

Como se tomara a broma el aserto de Leandro, éste, para que le creyeran, se vió necesitado a repetir, en un arrebato de relampagueante enojo, que decía la verdad.

César, desde la cama en cuyo borde estaba recostado, agregó, con la cachaza que le era propia, que él opinaba del mismo modo.

En esto se sintieron pasos en la escalera y luego en la crugiente galería.

Pedro exclamó:

—Aquí está él.

Pero no fué así. Se trataba de un vecino inmediato que ni alcanzó a pasar delante de la puerta.

—Yo creo que hoy no vendrá,—balbuceó Leandro.

Y estaba en lo cierto.

Carlos se hallaba en casa de la novia. Como lo prometiera, había ido a leer la novela, cuyos manuscritos, en un pequeño rollo, acababa de dejar sobre la mesa.

Dentro de aquella semana y en su habitación de estudio, donde días antes gimiera su impotencia, Carlos, llenando cuartillas y más cuartillas, y ya sintiéndose decaer ya recobrando bríos, había dificultosamente comenzado y satisfactoriamente concluído su obra. Sentíase feliz, dueño de esa conformidad de sí mismo que es la más grande de las felicidades. Y deseaba exteriorizar su contento infundiéndolo en todo lo que veía a su alrededor.

Pero ¿acaso Hada no estaba tan contenta como él? ¿No era regocijo aquello que daba el tono rosa de su semblante y avivaba la inquieta luz de sus ojos azul grises? Y ¿no era aun alegría la albura impecable de su bata? ¿Cuándo había estrenado otra más blanca y pura en más dichoso día?

Y hasta doña Adela, habitualmente silenciosa, mostrábase cambiada.

Carlos arrimó su silla a la mesa y tomó asiento. E hicieron madre e hija otro tanto.

Y después de un silencioso instante:

—¡Qué de remolineos! — exclamó Hada, pareciéndole que Carlos, por mirarla y sonreír, no

desdoblaba suficientemente pronto los manuscritos.

Carlos dió comienzo a la lectura con una indecisión propia del que ha de confesar un delicado afecto íntimo. Las primeras páginas las leyó casi tartamudeando. Pero a medida que fué posesionándose del preconcebido papel de simple lector, su pronunciación cobró mayor seguridad.

Hada no apartaba sus ojos, llenos de amante admiración, de los labios de Carlos, los cuales, en incesantes y rápidos movimientos, iban tomando toda esa variedad de formas que exige la emisión de las diversas voces del lenguaje. Las palabras de Carlos tenían para ella una atracción irresistible y adorable que bien notó doña Adela, a pesar de tener puesta la atención en los conceptos de la lectura.

Y aquel encanto de Hada hubiera sido uno, dulce, profundo, largo, de prolongación inadvertida, desde el comienzo al final de la novela, a no haberse Carlos propuesto hacer un descanso después de cada capítulo, que eran siete.

—Y se concluyó el primer capítulo, — dijo de pronto Carlos llevando instintivamente la mano al botellón del agua para servirse un vaso.

—¡Oh! ¡qué bien! — exclamó Hada fuera de sí. — ¿Verdad, mamá?

A lo que respondió doña Adela:

—A mí al menos me parece que no puede estar mejor.

Y Carlos no dijo nada, porque también lo creía así.

Después de una tregua durante la cual Hada no cesó de ponderar los diferentes pasajes del capítulo, Carlos prosiguió la lectura.

¡Cómo se festejó lo del recibimiento que los amigos hicieron al joven héroe del relato, y la bullanga infernal en la que actuaron todos a una!

En el tercer capítulo, madre e hija consideráronse tan bien retratadas, que no hallaban palabras para decirlo.

En cambio, la primera parte del cuarto puso a Hada muy triste, porque el sufrimiento del joven de la historia había sido una realidad en su querido Carlos. Le parecía que la carta salvadora tardaba mucho en llegar. Pero cuando llegó, el héroe del cuento y Hada se alegraron a un tiempo.

Carlos recobró fuerza y serenidad durante el nuevo descanso para aquello del tuteo y del beso, en llegando a cuyos pasajes, Hada, como la tomaron de sorpresa, se encendió como una grana.

Carlos leía con más naturalidad que nunca.

Doña Adela retuvo sus ardientes deseos de interrumpirlo. Pero no bien finalizó el capítulo, exclamó, fingiendo gravedad de juez:

—Con que... ¿esas tenemos?

Y Carlos, que ya esperaba la pregunta, contestó:

—Le garantizo, doña Adela, que eso del beso y demás es pura fantasía.

—¿Cómo así?

—Así y no de otra manera. Lo inventé para dar más realce a la escena.

—¿Más realce?

—Digo... más interés.

Y mientras Hada se maravillaba de lo listo que anduviera Carlos en urdir su mentira, doña Adela concluyó:

—¡No llegue yo a saber que la promesa se cumple!

Y ante la perspectiva de que se pudiera cumplir, doña Adela parecía amenazar con un ignorado y terrible castigo ejemplar.

El sexto capítulo produjo un efecto contrario: el de asombro. El héroe leía la novela ante el silencio atento de la novia y la madre de la novia, tal como Carlos estaba en ese instante leyendo.

Y en lo siguiente, hasta el epílogo, todo fué exclamaciones de entusiasmo. El triunfo del joven se veía, se sentía, era la misma realidad. ¡Cómo se reconoció satisfecha Hada con lo agregado por Carlos en la novela! El héroe, a cambio del glorioso pago del beso, regalaba a su novia ricos vestidos y una artística bombonera costosísima, y a la mamá de la novia, modelo de bondadosa madre, un flamante chal y la suave máquina de coser de última invención que constituía su ensueño! Todo eso amén de los paseos matinales en coche por el bosque de Palermo, y el festejo de Año Nuevo, de ruidosa y sin igual felicidad.

Doña Adela alabó esto último, juzgándolo propio y no insensato como aquello del beso, que si bien en teoría podía pasar, en la práctica no tenía perdón.

No obstante este sentir de doña Adela, no dejó

Carlos de buscar la ocasión de exigir de Hada el pago de la deuda. Y la ocasión llegó. Y fué de inocente dulzura y lleno de aroma idílico aquel beso cuyo tibio roce de seda apagó su rumor en un cauteloso silencio.

VII

Dábales qué pensar a los amigos de Carlos lo seguro que estaba éste de su éxito en el concurso: seguridad que despertaba en ellos el deseo irresistible de conocer el argumento y la trama de la novela, la manera cómo se desarrollaba, el estilo en que estaba escrita, todo cuanto había sido motivo de sus discusiones. Pero este deseo no lo vieron cumplido: que de nada les sirvieron las continuas manifestaciones de desconfianza con que se pretendía herir a Carlos en su amor propio, las tercas solicitudes, el nombrar novelas de insuperable valor, las cuales, sabían por buenas fuentes, habían sido enviadas a la redacción de «El País», y otra cantidad de ardidés puestos en juego.

Todo era en vano.

Carlos no quería dejar entrever el más mínimo detalle de su obra. Pero estaba como nunca parlanchín, insolente en sus desatenciones, alabancioso de sus méritos intelectuales. Y todo eso era una mortificación para sus amigos, alguno de los cuales concluyó por cobrarle inquina.

En una constante lucha perversamente gozosa contra la insistente curiosidad de sus «bohemos» y en un infinito construir castillos en el aire con

su encantadora Hada, transcurrió para Carlos el tiempo que separaba el día del fallo de aquel en que, como quien entra por primera vez en un recinto solemne, subiera las gradas de mármol que conducían a la redacción de «El País» y dejara en manos del celoso portero el sobre abultado por el contenido de los manuscritos.

Carlos había convenido con Hada en que el día del fallo, temprano, compraría ella «El País» y se enteraría del resultado.

Por eso aquella mañana, desde la puerta de la calle a donde la llevara el pregón del diarero, sueltas en flotantes ondas sus rubias guedejas, Hada traía el ejemplar de «El País», iluminado el fresco rostro por una sensación de pudorosa alegría cuyo halago interior desconociera hasta entonces.

—¿Lo traes? Lee — pidió con cierta vehemencia doña Adela, interrumpiendo el movimiento de su máquina.

—No, mamá. He pensado una cosa.

—¿Cuál?

—La de esperar que venga Carlos.

—Si ese es tu gusto...

—De ese modo nos enteraremos todos a un tiempo.

Y diciendo esto, Hada guardaba el diario bajo el almohadón con blanca funda recamada de puntillas que adornaba la cama de la madre.

—Pero... si aquí está! — dijo doña Adela, viendo aparecer a Carlos, quien no había aun entrado en la habitación, cuando exclamó, olvidando dar los buenos días.

—Sí. Aquí estoy. Y ¿«El País»?

—Lo acababa de guardar—contestó Hada, volviendo hacia el almohadón.

—¡Qué! ¿No lo han leído?

—Decidimos esperarlo para recibir la impresión todos a un tiempo — replicó Hada mientras le daba el diario.

—No. Yo no. Lea Vd. — dijo Carlos que, a pesar de tener la silla a mano, permanecía de pie, recostado en el borde de la mesa.

—Si supiera hacerlo como usted...

—De cualquier modo.

—No. No es justo. Y además, en este caso...

—Pues bien: leeré yo — concluyó Carlos, tomando el diario que hasta entonces tuviera Hada en sus manos.

Preso todo él de una sensación agrídulce de augurios gloriosos y presagios funestos, anhelante, nervioso, Carlos desdobló, buscó la página de artículos de fondo y por repetidas veces llevó la vista de izquierda a derecha sin abrir los labios. Y a poco rato:

—¡Oh! — exclamó dolorosamente admirado, mientras, dejando caer el diario, se desplomaba más bien que se sentaba en la silla.

—¿Qué pasa? — gritó Hada, recogiendo el diario que casi estrujó en sus manos.

—Dame. Yo leeré — requirió doña Adela, tomando el diario cuyas arrugas alisó brevemente todo lo que le fué posible. — ¡Parece mentira, muchachos!

Doña Adela leyó.

El premio había sido adjudicado a un literato extranjero residente entre nosotros. Su novela, según opinaba el jurado, era un modelo de observación psicológica y de elegancia en el decir. Existía un segundo premio que quedaba indeciso entre cuatro escritores todos de reputada nombradía en el comercio intelectual.

Y en tanto leía doña Adela, Hada, de pie, muda, parecía querer absorber con la intensa y amplia mirada de sus grandes ojos grises, el profundo abatimiento de Carlos.

Este, la cabeza caída sobre uno de sus hombros y fijos en un punto del suelo los ojos sin mirada, sentía su cerebro atempestado por un vórtice de tinieblas que en balumba infernal arrastraba hacia un abismo sin fondo los ricos vestidos hechos girones, el nuevo chal, el carruaje de los paseos matinales, la artística bombonera, las doradas copas del festejo... Y acrecentando el horror de aquella tempestad, aparecíansele en distintos puntos y repentinamente, como iluminados por un relámpago, los rostros de sus colegas contraídos en una mueca de maligno placer.

Y Hada, encerrada aun en su estatuario mutismo, se imaginaba a los señores del jurado como a seres muy severos y duros de corazón, y hasta crueles, por haber dejado sin premio la obra de su querido Carlos, en la que no quisieron ver la realidad de dos corazones juveniles latiendo al unísono desde que los flechara con un mismo dardo el omnipotente dios Amor.

Y doña Adela, con la dulzura que las madres cuando llega el caso saben poner en sus palabras, y experimentada como estaba en las contrariedades del mundo, no se cansaba de exclamar:

—Resignación, hijos; resignación. No está bien desmayar por tan poco.

MI VECINO, EL JOVEN TISICO

I

—Mi hermana me preguntaba:

—¿Has oído cómo tosió? Parecía una tabla.

Comprendo que hace alusión al tísico, nuestro vecino de la pieza contigua, a quien cuida la madre anciana.

—Sí, — respondo — lo he oído toser, y, efectivamente, me pareció algo de lo que tú dices: un ruido seco, semejante al de una tabla golpeada.

Mi madre se aproxima con un aire de cuidado habitual en ella, cuando desea colaborar en una conversación sin ser inoportuna.

—¿Es del mozo de quien hablan? ¡Ah! Ése, no sé, no sé; pero me parece que no pasa de este mes. ¡Un mozo tan fino! ¡tendrían que verlo!

Yo no conozco al enfermo. Hace apenas un par de semanas que vivimos en este piso habitado por cinco vecinos.

El joven Andrés, que es el paciente, ocupaba, algunos meses antes, las dos piezas en que ahora estamos nosotros, una de las cuales da al rellano de la escalera y la otra antecede al comedor habitado por él. En una puerta de comunicación, cerrada sobre la cabecera de mi cama, resuena todo cuanto pasa entre enfermo y madre.

De noche, esa puerta me resulta una poderosa tabla de percusión.

A los cinco meses de casados, cinco meses de vivir en nuestras habitaciones, Andrés perdió a su esposa, víctima de una enfermedad repentina. Desde entonces empeoró Andrés y tuvo que abandonar el trabajo, proponiendo a retraerse en un cavarlar extraño y consumidor.

En esa actitud lo entreví al principio en su habitación, sentado junto a una mesa en que había una taza humeante y algunos periódicos desparrramados. No percibí quién era la persona, pero sí cual era su actitud: cosa que me volvió a suceder el día siguiente, notando pasar por el corredor a un hombre delgado, de largo sobretodo; su paso lento tenía una serenidad fantasmal, y cuando, al llegar a la escalera, creí poderlo reconocer, volvió el rostro hacia el espacio penumbroso que a sus pies se abría y comenzó a descender como quien descende a una tumba.

Iba a dar una vuelta, a tomar sol, a distraerse.

Desde tal día no volvió a salir, muy por el contrario, guardó cama, y esperaba que este comienzo de otoño gris y lloviznoso le deparase algunos días suaves, para seguir cumpliendo el consejo del médico: salir a caminar un poco.

—Y decir que doña Casilda — agrega mi madre refiriéndose a la de Andrés — ha sido dos veces viuda y perdió, uno tras otro, en Cuba, en España, aquí, nada menos que siete hijos. Este es el último que le queda.

Yo, que ya acabo de anudarme la corbata y me

apresto a tomar el sombrero, recuerdo a mi madre que días anteriores hablaba ella a mis hermanas de un cascanueces.

—Sí, hijo. Seguramente el pobre enfermo nos oyó partir nueces el domingo, cuando almorzaban con nosotros tus amigos.

—¡ Ah, comprendo ! — respondo enternecido. -- Tú regalaste un cascanueces al vecino.

—Sí. Me lo mandó pedir prestado. Y cuando supo que le hacía obsequio de él, expresó a su mamá que éramos muy buenas gentes y juzgó a tus hermanas muy simpáticas señoritas.

—Eso último se lo dices a las interesadas, — agregó, queriendo aliviar el asunto.

Pero las palabras de mi madre no me dejan ; parece quisieran ser reconocidas en su sombrío valor. Hago memoria. El domingo sonaban alegres nuestras nueces al par que nuestras conversaciones, cuando rodeábamos una mesa servida por mi madre, en aquella habitación que también debió ser de dicha para el joven Andrés, algunos meses atrás. El oiría todo, sin duda, imaginándose la escena y rememorando otras en que fué actor.

Y mientras salgo a la calle, pienso en la grandeza de esos tísicos que, contrariamente a lo que suelen sus colegas en desgracia, se van sintiendo hundir día a día en la muerte sin odiar el rumor de vida producido por los seres que los circundan.

II

Hoy mismo, a las 12, regreso a almorzar, y doy en el rellano de la escalera con don Fernando, el inquilino principal, quien rocía el piso con desinfectante, cosa que le veo hacer desde que soy su vecino. Don Fernando esboza un gesto que quiere decir «todo acabó ya».

Tras la entornada puerta del comedor, adivino un remolineo inusitado de gentes, según el especial rumor de pasos que de allí viene.

Los míos me reciben también con advertencias del caso. Y nuestro almuerzo se realiza silenciosamente, aunque interrumpido a ratos por exclamaciones con respecto a la pérdida juventud de Andrés, y a la indignidad de ciertas mujeres vulgarotas, madre y hermana de la que fué esposa del finado, las que menudearon las visitas desde que supieron próxima la muerte del joven, con el exclusivo objeto de reclamar de doña Casilda las piezas principales del mueblaje matrimonial.

Pensamos en el buen efecto que causará eso a la viejecita, sobreviviente indefenso en la lucha de una familia que desaparecerá con ella.

III

Más tarde, dejo tras de mí un día de ocupaciones multiplicadas, uno de esos días en que «el centro» nos exige innumerables idas y venidas, nos golpea con sorpresas de todo género, dándonos la

idea de un batallar para el cual no habrá descanso; que nos enardece, nos aturde, nos marea, y remata nuestras sensaciones, como para colmarlas, con algunos espectáculos de teatro, no siempre compartidos con un buen amigo.

Fué precisamente un día tal el mío: de modo que no regreso sino a hora avanzada.

En las escaleras trato de hacer el menor ruido posible, pues éste es enormemente aumentado, en el silencio, por la acústica del vestíbulo.

Al dar fin a mi ascensión y cuando llevo la mano al picaporte de la antesala, algunas voces me obligan a mirar hacia el comedor. Su banderola abierta arroja luz al patio.

— ¡ Ah, cáspita: el velorio del mozo !

Quedo indeciso. Mi urbanidad me lleva casi a hacer acto de presencia allí, sino que antes quiero saber algo por boca de los míos. Pero ellos ¿ duermen ?

— Hemos estado ya, — dícame mi madre abriendo los ojos y como adivinando mi preocupación. — Creo que no es necesario que vayas.

Y cuando, después de apagar la candela, estoy metido en cama, retúmbame la charla del velorio como si las personas que la sostienen estuviesen dentro mismo de mi cabeza. Momento por momento espero que eso ha de terminar, y momento por momento sucede lo contrario. Es un suplicio, un horroroso suplicio. Las que hablan son mujeres. A veces, se entremete un hombre. Me revuelvo en la cama, creyendo que una postura no hallada aún me permitirá reconcentrarme y dormir,

¡Nada! ¡Qué vulgaridad de conversaciones, robadas con vehemencia de una boca a otra, dichas en coro, a cual más chillada! Se descalifica en ellas a un centenar de fulanitas y fulanos, de madres y abuelos, de tías y primos, de parientes y extraños. ¿Qué hará la anciana en tanto? En alguno de los brevísimos silencios que se hacen entre la bulla, he creído oír sus pasos, luego un movimiento de tijeras, y como golpearlas sobre metal. Conjeturo que la pobre mujer despabila los cirios, al par que la charla agria, reída a veces, llega a su mayor incultura. ¡Ah! Lamento en este instante no ser todopoderoso, tal es mi indignación, para ir a la pieza contigua y sacar a puntapiés a esa chusma. En ese caso, se animaría por un instante el cadáver para agradecerme.

Los míos, me pregunto, ¿podrán dormir?

De pronto despierto. ¡Quiere decir que he conciliado el sueño, entonces! Puebla ahora mi cabeza un coro de llantos y gimoteos. ¿Es esto posible o soy víctima de una pesadilla? Palpo las sábanas, luego mi cuerpo. No hay porque dudar: estoy despierto. ¡Oh! ¡Qué extravagante gente esa que así cambia de estado de alma! Bien es cierto que no sé cuanto tiempo he permanecido ausente de sus charlas; pero, de cualquier modo...

En medio del coro de ayes, gemidos, suspiros, lamentaciones y otras especies de sensiblerías repugnantes, se levanta una voz cualquiera, ésta o aquélla, interroga, suplica, dirigiéndose a alguien.

—Te encuentras bien ahí, pobre Andresito mío!

Pienso espantado que no es posible demanden así al cadáver.

—¡Ay! ¿Pides entonces, según digiste antes de desencarnar, que demos tu reloj a Carmelo? ¿verdad, queridito Andrés? Sí, ya sabíamos que lo habrías de desear así. ¡Tú lo querías tanto a Carmelo!... ¡Cómo sufrirá, el pobre, por no estar aquí. Pero le hemos telegrafiado. Tú lo ves, ¿verdad? ¡Ah, ya lo sabíamos! Desde donde te encuentras, nos ves a todos.

El coro de gimoteos se sobrecarga de sollozos.

Yo recuerdo súbitamente que el difunto había sido redactor de un periódico espiritista.

—Carmelo está en viaje hacia aquí, ¿verdad?

—Sí.

He dado sin querer un vuelco en la cama. ¿Qué clase de invocación es esa? Allí no hay trípode, pues no suenan golpes. En cambio, alguien ha respondido «sí». Mis facultades receptivas pónense a vibrar, extraordinariamente en tensión. Quiero desde ese momento no perder palabra. ¿Cómo saber si ese «sí» es de voz del finado a quien nunca oí hablar tan fuerte? A lo largo de un interrogatorio que aumenta en vulgaridad, va decreciendo por fuerza mi interés, cansado de esperar un nuevo «sí» del otro mundo. Además, vuelve con más crudeza a mi ánimo la repugnancia de todo ese irrespeto por un alma de persona recientemente muerta. Y rogando a Dios quiera librar a los míos de ser audientes de tanta macabra vileza, floto en un penoso semisueño de madrugada, hasta que me despiertan los taconeos y conversacio-

nes de las gentes del velorio en la escalera. Se marchan.

Poco después trato de ver en el rostro de mis hermanas y en el de mi madre, las que como yo están de pie, señales de que han percibido, durante la noche, todo cuanto fué mi tortura. Temo comprobarlo. Sin embargo, no hay indicio en ellas de tal apercibimiento. Pero ¿por qué me muestran significativamente a un mocetón rubio, bajo, algo tosto, que en el patio dialoga, confianzudo, con don Fernando?

—Bien, bien ¿Quién es ese individuo? — les interrogo.

—Nos han dicho que el cuñado, que estaba en el campo.

—¡Ah! — exclamo con toda indignación — el heredero del reloj!

—¿Qué reloj? — inquieren las tres, maquinalmente.

Y entonces yo, regocijado al saber por esta ignorancia de ellas que un milagroso sueño profundo las hizo felices durante esa noche infernal, agregó:

—Nada. Creí como soñar, hace apenas un rato, que el mozo ese vendría por un reloj del difunto.

EL DIABLO

Kleti se hallaba despierto, sin más causa que un sobresalto: uno de esos repentinos sacudimientos inexplicables. Ni atinó siquiera a mover su pequeño cuerpo delgado, sobre el que había envuelto pretamente los cobertores, no con ese modo acariciador que hasta la noche antes empleara en ello la madre. Su inmovilidad permitióle no obstante llevar la mirada a lo largo de la hilera de lámparas, cada una de las cuales colgaba en el espacio intermedio de cama a cama. Esto le inspiró confianza, dándole en parte el conocimiento del instante y el lugar. La luz de aquellas lámparas había sido atenuada hasta la fluctuación que es fin de vida y amago de muerte, reduciendo la luz a ese fulgor que tiene la propiedad de animar en las tinieblas multiformes espectros, y el cual extendido como un velo sutilísimo, daba a los blancos lechos vistos por Kleti casi a nivel de su cabeza, un aspecto de sinuoso derrotero nevado sobre el que la noche cayera lentamente.

Concluyó por sentirse él mismo en persona ahí, en una cama del austero colegio, donde lo dejaran a pupilo. Súbito como un relámpago fué el reflejo que le dió tal convencimiento, después de volverle a la mente las escenas de ese día. Vió de nuevo a su padre, alto, huesudo, que con el im-

perioso tono habitual lo advertía de la mansedumbre necesaria para ser buen alumno. Rememoró la marcha, bajo el cielo gris, a lo largo del camino triste, muy junto a su madre, que lo acariciaba con las manos, con los ojos, con la voz, pretendiendo suavizar la brusquedad que las cosas de la vida, en la combinación laberíntica de sus exigencias, le tenía preparada. Tornóse a estremecer al recordar su temblorosa presencia ante el señor Rooth, el preceptor, tan severo de rostro, tan seco de palabras. Luego hallóse presa de la sensación de inmenso abandono que le produjeran, en las quietas horas de clase y en las bataholas del recreo, los rostros extrañados, irónicos o indiferentes de sus condiscípulos, que ahora veía ahí, dormidos, formando con el acurrucamiento de sus cuerpos, los accidentes de la nevada senda que las camas fingían. Y, última impresión enojosa de aquel día de prueba, emergió, como de un oscuro fondo de caverna, la estirada figura del eclesiástico, de nariz corva y penetrantes ojos esquivos, que hablaba mucho de Dios y los Santos, prometiendo a los malos las martirizadoras llamas del infierno. Kleti sintióse amedrentado. Comparó la tranquilidad de sus camaradas, tan fácilmente dormidos, con su terco disgusto en aquel caserón de frías salas inmensas, donde todo estaba reglamentado, desde los estímulos al estudio hasta el hambre. ¿No sería por ventura uno de los tantos perversos, futuras víctimas del Diablo? Sus emociones rebeldes ¿no indicaban acaso una extremada maldad, puesto que

hubieran deseado repeler todo, perturbar todo, destruir todo aquello que así pretendía cohibirlo? Excitado, revolvióse, cobrando opuesta postura. Abrió los ojos como para sondar con ellos aquella otra mitad de la sala, y lleno del temor que en tan silenciosa y lóbrega espaciosidad le inspirara el atrevimiento de sus ideas, propúsose volver al sueño, único medio seguro de arrojar fuera de sí sus insensateces.

Tras la oxilación de los pensamientos sorprendidos en sus relaciones por el propósito de quietud, en plena dudosa que antecede a la inconciencia, Kleti percibió un así como roce de ligera ráfaga continua, partido por intervalos acompañados de silencio: roce que poco a poco fué acentuándose hasta producir un rumor parecido al de lejana pisada de convaleciente. Su oído aguzado, se dijera sin deseo, iba poseyéndolo con la realidad de aquel rumor, ahora leve tumbo rítmico y ecoso, como de apelotonada materia algodonosa. Kleti abandonaba el vacilante lindero de la vigilia, cuando en pos de extraordinario tropezón y ruido de picaporte agitado, la puerta del fondo de la sala, que se adivinaba apenas en la penumbra, chirrió girando lentamente, y un grande ojo irritado, un redondo ojo de fuego apareció. ¿No tomaba el Diabolo las formas que se le ocurrieran?

Sin embargo, aquel ojo se movía abandonado en medio de la sombra. Por si fuera aquello una creación de su retina, Kleti movió sus párpados,

sin atreverse a restregárselos con las manos para desarraigárgales la posible fantasmagoría.

Y con todo, aquel ojo bravío estaba allí, y ahora avanzaba, aproximábase con ese perezoso movimiento de izquierda a derecha que caracteriza a los paquidermos. Era, indudablemente, un monstruo el dueño de aquel grande ojo redondo y colérico que se acercaba más y más. Era, ciertamente, un monstruo, en el cual el Diablo encarnado venía a devorarlo por no saberse hundir en el tranquilo sueño de los buenos. Allí donde aquella pupila aterrante miraba, fuese en los muros limpios, en los tirantes negruzcos del techo o en las camas, aparecían, desvaneciéndose inmediatamente, largos brochazos de argentada claridad, en continuación de los cuales se derrumbaban, como sobre pavimentos de raso, vandálicas hordas de trasgos descompuestos en un sin fin de formas inconcebibles. Y el Diablo, en cuerpo de paquidermo y tan siniestramente escoltado, seguía avanzando. Kleti sintióse presa de intenso escalofrío. Sus cabellos erizábanse. Sus pupilas se dilataban clavadas en el inquietante ojo silencioso, más cercano cada vez. Algo como una piedra enorme sumíale el pecho, reteniendo su respiración. Y el ojo diabólico llegaba.

La sola idea de saltar al suelo y huir, centuplicaba su miedo. Por fin tenía ahí, a dos pasos, al Diablo que lo miraba de una manera irresistiblemente espantosa. Sin explicarse cómo, de pronto, sacudido por el vibrante retumbo de un grito que él mismo diera, se halló sentado al borde de la

cama. Y el ojo, el grande ojo de rabioso fuego, cuando parecía quererle echar encima, rodaba al suelo con cascado estrépito de cosa hueca.

Así, estupefacto, mirando sin ver, permaneció Kleti sentado.

Y al tiempo que sus condiscípulos se despertaban, balbuciendo éstos incomprensibles palabras, alzando aquéllos la cabeza llenos de curiosidad, abrióse la puerta del extremo opuesto imitando el gemido lento de la anterior. Kleti, vuelto automáticamente hacia donde venía el ruido, quedó anonadado, en espera quizás de un nuevo ojo iracundo, que no se mostró; pues a poco rato, las lámparas alumbraron con toda su luz, y el señor Rooth, el preceptor, aproximándose con paso firme, preguntaba por la causa de aquel disturbio.

Desde en medio de la sala un tímido viejo respondió con voz que se atribuyera a un resucitado de horrible muerte:

—¡Aquí! ¡Aquí!

Y así diciendo, señalaba a Kleti, con temblor en su mano y asombro en su mirada benévola.

—¿Qué es eso, caballero? — interrogó el preceptor.

A lo cual Kleti, atolondrado, repuso débilmente:

—El Diablo, señor...

Los escolares, aprestados como estaban a seguir desde sus respectivos lechos el curso del interrogatorio, llenaron la sala de acentos con una espontánea carcajada interminable.

Y mientras el anciano recogía intacta y encen-

dida aún su linterna de guardián nocturno, el señor Rooth, se vió precisado para restaurar el orden, a amenazar con castigos severos a los que continuaran riendo.

Kleti, mirando a intervalos, como cosa robada, la linterna del viejo, menos fulgurante bajo la clara luz de las lámparas, avergonzóse del inocente engaño que sus condiscípulos ridiculizaran con tan imprevisto estruendo, y rompió a llorar, inconsolablemente apesarado.

El preceptor, en tanto, rígido al par que suave, obligólo a que se tendiera y cubriese, advirtiéndole que era menester conciliar el sueño, para no confundir al celador con el Diablo.

INDICE

	<u>Págs.</u>
El fin del mundo	5
El cacharro de Mandinga.....	13
El hombre triple	17
El bochinche	25
La Noche Buena de Pepín.....	31
El Atorrante	35
La fuerza de Cristo	39
Con el primer amor	43
Mi vecino, el joven tísico	79
El Diablo	87

OBRAS DE EDMUNDO MONTAGNE

Versos de una Juventud (2.^a edición, agotada).

Estética.

El fin del mundo (prosas).

PA7797

.M65F49



3 9000 002 471 071

**DO NOT REMOVE
SLIP FROM POCKET**

DENCO

